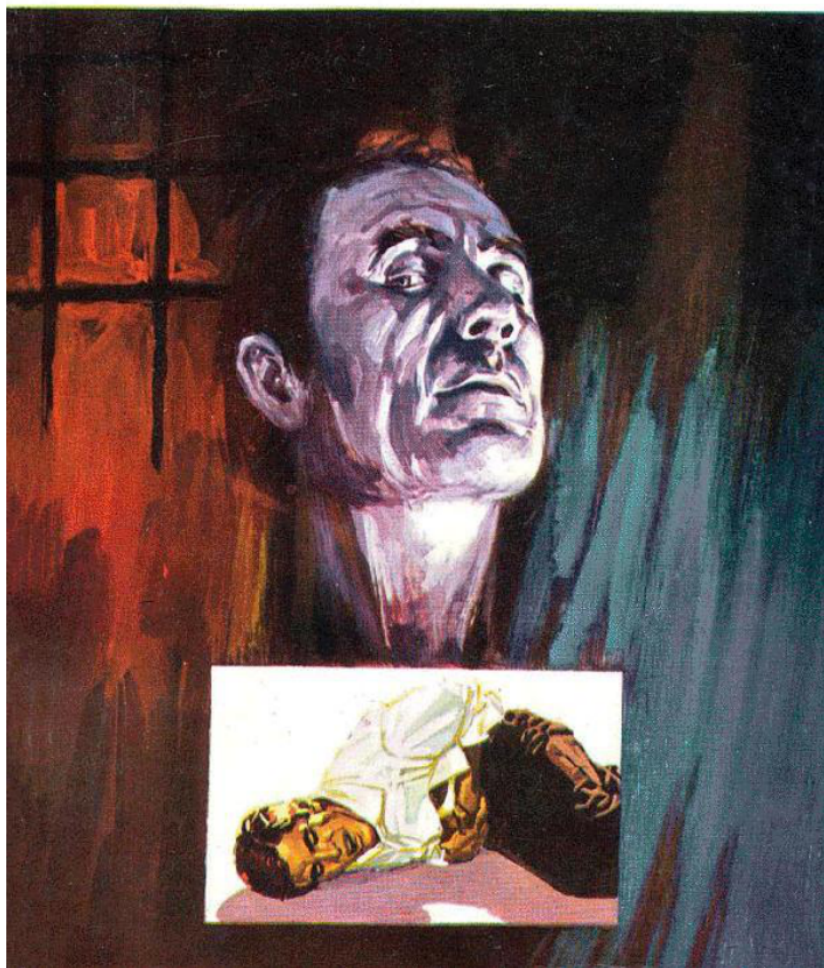




niebla roja

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

NIEBLA ROJA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 595

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 25.832 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1973

© BURTON HARE - 1973

texto

© JORGE SAMPERE - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.191. — Asesinos de vieja escuela.

En Colección PUNTO ROJO:

593. — Roja es la sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

El vendaval se había levantado inesperadamente. Primero una racha que agitó los árboles y arrancó agudas quejas en lo más intrincado del bosque.

Después, fue como el inicio de un huracán. Toda la arboleda se agitó entre los aullidos del viento. La hojarasca del otoño se elevó formando violentos remolinos, emprendiendo una danza loca en medio del gigantesco decorado de los troncos centenarios. Henry Barrow, sorprendido en la colina, vio tambalearse el caballete y tuvo que echarle mano rápidamente para evitar que volara junto con la tela en la que llevaba trabajando casi una semana.

Masculló entre dientes contra el voluble tiempo del condado de Essex, dio una mirada al cielo en el que estaban surgiendo oscuras nubes y decidió que su trabajo había terminado por esa tarde.

Para cuando hubo recogido el caballete, la caja de pinturas y la tela, el viento huracanado rugía con creciente intensidad.

Barrow se apresuró por el sendero que atravesaba el bosque. Aunque era abrupto y desigual, resultaba mucho más corto que el camino que, bordeando la arboleda, llevaba a Worthy Arms.

De pronto, en medio del estremecedor aullido del vendaval, le pareció oír un extraño quejido.

Se detuvo en seco y aguzó el oído.

La oscuridad caía sobre el bosque con rapidez debido a la hora y a las raudas nubes negras que invadían el cielo. A su alrededor sólo vio la loca danza de la hojarasca y el violento agitarse del ramaje.

Intrigado, reanudó la caminata, apresurándose ahora porque no desconocía los riesgos de una tormenta en aquellos parajes.

Tras él algo hizo crujir una rama. Una rama que emitió un chasquido al quebrarse.

Henry Barrow no era ningún héroe, pero tampoco se consideraba un cobarde.

Se detuvo, volviéndose y escrutando el violento vaivén de los matorrales.

De nuevo, aquel extraño quejido, lastimero y apenas audible en medio del tormentoso fragor del viento, se alzó. Sólo que ahora Barrow creyó distinguir la dirección de la voz, si es que realmente se trataba de una voz humana.

Cargado con el caballete y todo lo demás se desvió, del estrecho sendero, apartando los arbustos, esquivando las ramas que el viento agitaba y que le azotaban como látigos.

Y entonces la vio.

Yacía sobre la hojarasca hecha un ovillo. Las ropas le habían sido arrancadas del cuerpo a tirones y estaba casi desnuda.

El horror paralizó al pintor durante unos instantes. Un horror frío, espantoso, porque el hermoso cuerpo que estaba viendo era el de Nora, y estaba pavorosamente mutilado.

Sin darse cuenta soltó el caballete, la tela y la caja de pinturas y ahora fue él quien emitió un quejido:

—¡Nora!

La muchacha movió los párpados. No estaba muerta.

Henry Barrow se arrodilló junto a la muchacha. Tuvo que vencer el horror que le producía la visión de aquella brutal salvajada. Tomó la sangrante cabeza y musitó:

—¿Quién...? ¡Nora!

De la garganta de la muchacha brotó un leve lamento. Luego, todo el destrozado cuerpo sufrió un terrible espasmo y quedó laxo.

Había muerto.

Barrow sintió que la ira le dominaba. Ansió matar, vengar a la pobre muchacha con sus propias manos, consciente de que las leyes de Inglaterra serían demasiado benignas con el monstruo que había ultrajado y asesinado a Nora.

Ni siquiera su ira le sirvió para escapar a la muerte.

No oyó los pasos que se aproximaban a su espalda, ahogados por el rugir de la tempestad.

Tampoco oyó la agitada respiración de su enemigo.

Sólo sintió una espantosa desgarradura en la espalda, un golpe atroz que le derribó de bruces con la muerte en el pecho.

Arañó la hojarasca y se volvió, mientras la sangre escapaba de su cuerpo a borbotones.

Vio primero una forma oscura que se erguía sobre él. Una mano cubierta por un guante empapado de sangre empuñaba un enorme cuchillo de caza.

Boqueó lleno de espanto. Aquella forma se inclinó.

Los ojos del pintor se desorbitaron, rebosantes de horrorizada incredulidad. Ni siquiera advirtió que el cuchillo subía y descendía como un rayo sobre su garganta...

Cuando su cabeza rodó a un lado en los ojos inmensamente abiertos continuaba desbordándose el horror.

Las nubes negras habían cubierto el firmamento, bajas, arremolinadas por el ventarrón.

La forma oscura se arrodilló en el suelo y limpió el cuchillo en las propias ropas del muerto. Después, levantándose, se perdió en la espesura en el instante en que las nubes reventaban y comenzaba a caer una espesa lluvia, que el viento arremolinó, caliente como la sangre...

CAPÍTULO II

—La cena está servida, señor.

La voz de la sirvienta distrajo a míster Merrit de la lectura del periódico.

—¿Están todos en casa, Joyce? —preguntó.

—No, señor. Faltan la señorita Nora y míster Barrow.

—Está bien, gracias, Joyce.

Se levantó. Dio un vistazo a la puerta cerrada y con un gesto de satisfacción se sirvió una copa de jerez.

Estuvo saboreándolo por unos minutos. Después se encaminó al comedor mientras oía el ulular del viento y el golpeteo de la lluvia en los cristales de las ventanas.

Alrededor de la mesa esperaban sus hijas Gertie y Eveline, en compañía de su sobrino, John Templeton.

—Me gustaría saber por qué Henry y Nora no han regresado aún. Saben que detesto los retrasos en la mesa —gruñó, sentándose en su lugar de costumbre.

—Les habrá sorprendido la tormenta.

—¿Y no se les ocurre avisar por lo menos?

La voz del anciano aristócrata era ruda. Expresaba claramente su disgusto.

Pero antes que nadie pudiera replicarle, un perro aulló largamente en alguna parte. Fue un aullido largo, lúgubre, muy acorde con el tiempo tormentoso.

Gertie se estremeció.

—Me cripa —dijo.

—¿Qué?

—Ese perro.

—A «Graty» le asustan las tormentas, lo sabes, Gertie —dijo Templeton.

—Ése no es «Graty», sino «Rufus».

—¡Qué tontería! —protestó míster Merrit—. A «Rufus» no le asustaría ni siquiera un huracán.

—Te digo que es «Rufus». Está aullando hace media hora allá atrás.

—De cualquier modo, ya se calmará.

Dio orden de que empezasen a servir la mesa y durante unos minutos nadie habló.

De vez en cuando, el lúgubre aullido del perro se alzaba dominando al viento y la lluvia. Casi habían terminado de cenar cuando algo arañó los cristales, al otro lado de las cortinas que cubría el ventanal.

Las dos muchachas dieron un pequeño grito.

Templeton enarcó las cejas y exclamó:

—¿Qué fue eso, tío?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Alguna rama quizá...

—Fue algo más duro que una rama. Algo así como... como unas uñas.

—¿Qué te pasa a ti, tienes miedo a las tormentas también? Creí que sólo los perros estaban asustados esta noche.

—¡Tío, por favor!

—Terminemos de cenar en paz. O acércate a la ventana y averígualo si eso ha de tranquilizarte.

El descarnado sarcasmo de su voz hizo que el rostro del sobrino se tiñera de rojo.

Impulsivamente, empujó la silla hacia atrás y se encaminó a los cortinajes.

Míster Merrit sacudió la cabeza con evidente desaprobación y continuó comiendo. Pero las dos muchachas siguieron con la mirada a su primo hasta verle descorrer las cortinas por completo.

Templeton masculló:

—No se ve nada, tío, todo está demasiado oscuro ahí fuera.

—¿Qué esperabas ver, al conde Drácula?

—¡Papá!

—Está bien, está bien, hijita, lo siento.

El joven Templeton pegó la cara a los cristales tratando de penetrar las densas tinieblas del exterior. Sobre los cristales se deslizaba una catarata de agua que el viento azotaba en oleadas.

El perro seguía aullando como si le gritara a la noche su soledad

y su miedo.

—Se te está enfriando la cena —refunfuñó míster Merrit.

—Tío...

—¿Qué pasa ahora?

—Hay algo ahí fuera, al pie de la ventana.

El anciano aristócrata dejó escapar un bufido.

—¿De veras? —Gruñó—. Anda, ven a cenar. No pretenderás que salgamos a ver de qué se trata con este tiempo.

—¡Te aseguro que hay algo ahí!

Míster Merrit comenzaba a perder su escasa paciencia. Ladeó la cabeza y se asombró de ver a su sobrino tomar una lámpara de pie que había en un rincón.

—¿Pero qué...?

—Es sólo un instante, tío.

Acercó la lámpara a la ventana y la encendió, de modo que su luz se desparramara al exterior.

Míster Merrit apretó los labios, indignado. Detestaba profundamente que se alterase la paz de sus comidas. Además, no quería a su sobrino, aunque consiguiera disimularlo en parte.

Estaba imaginando una de sus agudas y sarcásticas réplicas, cuando John Templeton dejó escapar un alarido y retrocedió como si le hubieran golpeado en plena cara.

—¿Qué infiernos te pasa ahora?

—¡Ahí...!

Su voz se ahogó. Sus piernas se doblaron y cayó sobre la alfombra igual que un árbol abatido por un rayo.

Las dos muchachas dejaron escapar un grito. El anciano se levantó impulsivamente.

—¡Ese estúpido! —barbotó—. Asustadizo como una mujerzuela.

Caminó a grandes zancadas hasta donde yacía su inerte sobrino. Inclínándose le abofeteó las mejillas.

—¡John! —bramó—. ¿Qué viste, una lechuza?

—¡Papá, por favor! —gimoteó Gertie.

—Llama a Joyce. Que traigan algo para reanimar a este pusilánime sobrino que Dios me ha dado.

Se irguió, pero intrigado a su pesar se acercó a la ventana.

La luz de la lámpara alumbraba un rectángulo del empapado jardín.

En ese rectángulo yacía el cuerpo de un perro degollado, con la sangre del animal mezclándose con el agua de la lluvia.

Pero lo que arrancó un auténtico rugido de espanto al anciano no fue la visión del perro, sino la cabeza humana que alguien había dejado sobre el barro como macabro despojo, como mudo testigo de una alucinante orgía de sangre.

Míster Merrit lanzó un quejido y retrocedió tambaleándose.

—¡Henry! —jadeó—. ¡Dios santo!

Las dos muchachas se precipitaron hacia él, espantadas.

Las detuvo con un gesto y de un tirón desconectó la lámpara.

—¡La policía! —musitó sin voz—. Llamad a la policía...

—¡Papá! ¿Qué hay ahí fuera, papá?

—¡No quiero que miréis siquiera! Volved a la mesa... Yo telefonearé...

Retrocedieron, sobrecogidas de espanto, al ver la expresión del rostro de su padre. Éste parecía haberse olvidado incluso de su inconsciente sobrino. Tambaleándose, fue hacia el teléfono y llamó desesperadamente a la policía.

Fuera, los aullidos siniestros del perro continuaban alzándose en medio de la lluvia y el viento.

CAPÍTULO III

El sargento Spencer era un policía grande, pesado y por lo general de carácter risueño. Sus ojos azules parecían los de un niño, eternamente asombrados.

Sus hazañas como representante de la ley en Gladstone se habían limitado por lo general a perseguir algún que otro vagabundo, a meter en cintura a algún vecino que había bebido demasiado y en atender las acostumbradas quejas de las frustradas solteras conocidas de todo el mundo.

Sólo que un crimen era algo más grave que todo esto.

Y dos crímenes, no digamos.

Especialmente, si habían sido cometidos con una ferocidad aterradora.

—Ni siquiera Jack *el Destripador* hizo nada semejante —comentó Mark Jellaby, redactor, columnista, cajista, botones y editor del único semanario local.

Spencer sacudió la cabeza.

—Un loco —sentenció—. Sólo un tipo más loco que un cencerro puede haber hecho eso.

Jellaby asintió.

Hablaban en voz muy baja, mientras a su alrededor los asistentes al doble entierro contemplaban cómo los dos féretros eran bajados a sus tumbas.

El cementerio, envuelto en la niebla, parecía un lugar irreal, dulce y tranquilo como correspondía a sus moradores permanentes.

Todo en él estaba bien cuidado. Los jardincillos, los limpios senderos, las losas de las tumbas, recién lavadas por la lluvia; las asombrosas esculturas de los panteones ampulosos que databan del tiempo de la reina Victoria...

—¿Va a pedir ayuda al Yard?

La pregunta de Jellaby hizo estremecer al policía.

—No lo sé.

—Este asunto va a dar mucha guerra, Spencer.

—¿Cree que no lo he pensado?

Callaron mientras la ceremonia tocaba a su fin.

Allí estaba el resto de la familia Merrit. El anciano, abatido por el horrible peso de la muerte de su hija Nora y del hombre que iba a casarse con ella, Henry Barrow.

Las dos hermanas de la muchacha muerta, y el sobrino Templeton, extraordinariamente pálido y con el rostro desencajado por el dolor.

Y toda la servidumbre de Worthy Arms, todos enlutados, cabizbajos.

Por descontado, había asistido mucha gente. Los Merrit eran una de las familias más apreciadas de todo el condado, aprecio que no estaba reñido con su incalculable fortuna ni con sus extensas propiedades rurales y de toda índole.

Mark Jellaby contempló el desfile de toda aquella gente con una mirada azorada en sus ojos agudos y grises.

Spencer murmuró:

—El golpe ha destrozado al viejo Merrit, ¿no cree?

—Es un hombre muy duro. Lo soportará. Además, ya está acostumbrado a recibir esos golpes. Lo de su esposa, hace unos años, también le golpeó endiabladamente fuerte y supo resistirlo. Y después, la muerte de su único hijo varón, y del otro sobrino... ¿Cómo se llamaba?

—Keller, creo... Era hijo de una hermana suya.

—Eso. No cabe duda que el destino no ha tratado muy bien a los Merrit, aunque les haya cubierto de oro.

Se habían quedado solos, a excepción de los sepultureros que daban los últimos toques a las tumbas, ordenando las flores.

Jellaby se estremeció bajo la niebla.

—¿Nos vamos, sargento?

—Sí, vámonos de aquí. Los cementerios me deprimen.

Echaron a andar. Los últimos asistentes se perdían en un recodo del camino, como fantasmas protegidos por el manto gris que iba espesándose por momentos.

De pronto, el sargento exclamó:

—No lo olvidaré mientras viva.

—¿El entierro?

—¡Cuernos! La cabeza cortada, y el cuerpo de la muchacha en el bosque... Cuando la encontramos apenas pude creerlo. Y además, aquel maldito perro lobo convertido en una bestia loca cuando olfateó el cadáver...

Caminaron en silencio un buen trecho.

Inopinadamente, Jellaby preguntó:

—¿Quién cree usted que lo hizo?

—Maldito si lo sé. Supongo que uno de esos vagabundos sádicos que recorren el país como fieras hambrientas.

—No lo creo.

—Bueno.

—Spencer, ésta es su gran oportunidad, ¿no lo comprende?

—¿De veras? Yo no veo la oportunidad por ninguna parte.

Había sarcasmo en su voz. Un sarcasmo descarado y amargo.

—Y la mía, dicho sea de paso. Ahí es nada; un doble crimen de estas características en nuestra sencilla comunidad. Hasta los periódicos de Londres se ocupan de él. ¿Se imagina lo que sucederá si usted lo aclara, y yo tengo la exclusiva del reportaje?

El sargento soltó un gruñido muy poco acorde con el entusiasmo de su compañero.

—Esto no hay quien lo aclare, Jellaby. El asesino debe hallarse a centenares de millas de aquí a estas horas. Y hay demasiados vagabundos, *hippies* y degeneradas vagando sin rumbo de un lado a otro.

—Se da usted por vencido antes de empezar.

—Tonterías. Seguiré investigando, por supuesto, como vengo haciéndolo desde que se cometieron esos crímenes. Pero le confieso que no abrigo ninguna esperanza.

—Es usted un derrotista.

—Mire, yo tengo una mente positiva, lógica. ¿Entiende?

Jellaby se encogió de hombros.

Las primeras casas de Gladstone aparecieron ante su vista difuminadas por la niebla que a cada instante era más espesa. Alcanzaron a ver aún el brillante «Rolls» de los Merrit al enfilar el camino que conducía a su gran residencia. Después, la niebla se tragó sus luces rojas y Jellaby murmuró:

—De cualquier modo, sargento, no me gustaría pertenecer a esa

familia.

—¿Decía usted?

—Están marcados.

—Maldito si le entiendo.

—Es como si ninguno de ellos pudiera morir tranquilamente en su cama y a su hora.

—Cosas del destino.

—¡Qué destino ni qué...! Bueno, dígame su opinión sobre el caso, antes de separarnos, para que pueda escribir algo interesante en el número de esta semana.

—Mi opinión ya la conoce. Fue obra de un sádico vagabundo.

—Yo no lo creo así. ¿Por qué, si fue cosa de un tipo que estaba sólo de paso, se tomó la molestia de llevar la cabeza cortada de Barrow hasta el pie de la ventana de Worthy Arms? Además, allí degolló al pobre perro también. Demasiado complicado. Yo creo que un vagabundo, después de los dos asesinatos, sólo pensaría en poner pies en polvorosa, en largarse lo más lejos posible antes que fueran descubiertos los cadáveres.

—Ni usted ni nadie puede saber lo que pensaría un tipo lo bastante loco para cometer esa carnicería.

Spencer esbozó un desalentado gesto de despedida y se alejó.

Jellaby, pensativo, empujó las puertas de la taberna y se adentró en su cálida atmósfera.

Tenía mucho en qué pensar, y nada mejor para ejercitar el cerebro que el rumoreo de las conversaciones de un buen *pub*, ante una gran jarra de exquisita cerveza y contemplando las curvas ampulosas de la camarera.

CAPÍTULO IV

Jellaby se recostó en el tronco del árbol y contempló el pisoteado claro del bosque.

Por supuesto, ya no quedaban huellas de los dos espantosos crímenes. La lluvia, el viento al trasladar la hojarasca, y después los pies de toda la gente que había acudido atraída por una curiosidad morbosa, habían borrado hasta el más pequeño rastro del sangriento drama sucedido apenas siete días atrás.

No obstante, aquél era el lugar y Jellaby trataba de imaginárselo en el instante de la violencia. Trataba de pensar con la mente del criminal y de las víctimas, porque Sería una gran cosa poder plasmar en su semanario esas sensaciones.

Sólo que no llegaba a ninguna conclusión. Sólo sabía que allí, en aquel lugar apartado, se había desarrollado una orgía de sangre y pesadilla, algo inaudito incapaz de ser asimilado por una mente normal.

—El criminal siempre vuelve al escenario del crimen —dijo una voz.

Jellaby pegó tal salto que por un instante pareció que iba a echar a volar.

Soltó un rotundo juramento al reconocer al sargento Spencer, que había aparecido procedente del maltratado sendero.

—¡Maldita sea su estampa! —masculló.

—¿Le he asustado?

El rostro rubicundo del policía era la imagen de la inocencia.

—Al diablo con usted. Así exactamente debió acercarse el asesino a sus víctimas.

—Poco más o menos. ¿Qué estaba haciendo aquí, Jellaby?

—Pensando.

—Pues eligió un maldito lugar para eso. Aunque yo imaginé que andaría por estos alrededores buscando inspiración para otra de sus

truculentas historias.

—¿Qué pasa con mis historias?

—He recibido una queja formal del viejo Merrit contra usted, Jellaby.

—¿Por el reportaje?

—Por algo que dice usted en ese panfleto.

—Sargento, usted sabe que me limité a relatar los hechos conforme sucedieron.

—Los adornó un poco.

—No hice tal cosa. Únicamente puse un poco de dramatismo literario en el relato, eso fue todo. ¿Qué fue lo que le sentó mal al viejo?

—Su insinuación respecto al sobrino.

Mark Jellaby parpadeó, intrigado.

—No lo entiendo.

—Usted dijo que Templeton había estado fuera de la casa hasta minutos antes de la cena. Los sirvientes se hicieron cargo de sus ropas empapadas y todo eso...

—¿Y bien? Es cierto, según mis noticias. John Templeton estaba en el exterior cuando empezó a llover y se caló hasta los huesos. Eso fue todo lo que yo dije, poniendo de manifiesto que mientras él estuvo fuera de la casa no notó nada extraño.

—Tal como usted lo cuenta, casi le convierte en sospechoso. Y eso ha enfurecido a míster Merrit.

—Lo siento.

—¡Un cuerno siente usted! Lo escribió a propósito, Jellaby. Le conozco a usted muy bien.

El reportero sonrió.

—Bueno, pensé que dándole a la cosa un poco de intriga estaría mejor, y no me equivoqué. Por otra parte, ese individuo estuvo fuera de la casa más o menos en el tiempo que los crímenes eran cometidos.

—Salió a dar un paseo. Todos los días lo hace, está comprobado. Sólo que la tormenta le sorprendió y no pudo hallar un refugio donde guarecerse, eso es todo.

—Bueno.

—Mire, Jellaby, no puede usted convertir a una buena persona en sospechoso de asesinato sólo para dar interés a sus engendros

literarios. Métase eso en la cabeza, porque si se repite, míster Merrit está dispuesto a demandarle.

—Lo recordaré.

—Por otra parte, he comprobado que el día del crimen, o de los crímenes si usted quiere, fueron vistos dos melenudos por los alrededores.

Jellaby enarcó las cejas.

—¿Seguro?

—La señora Donovan, los vio. Sucios, desastrados, vestidos con pantalones ajustados y cazadoras de cuero negras. Iban en moto y estaban parados en el camino, cerca de la charca.

—Ya veo.

—De modo que esos dos pueden ser mucho más sospechosos que el pobre Templeton.

—Aun así, sargento, ¿por qué llevaron la cabeza de Barrow a la casa, y cómo sabían que Barrow se alojaba allí pasando una temporada?

El policía se encogió de hombros.

—Me temo que eso no lo sabremos nunca. Tal vez habían hablado con él, si se acercaron a ver cómo pintaba. Ésa podría ser una explicación.

Jellaby hizo un gesto de incredulidad.

—De modo, Spencer —dijo—, que ha desechado usted la idea de que los crímenes fueran cometidos por alguien allegado a la familia Merrit.

—Naturalmente. Yo suelo emplear la lógica para pensar, ¿sabe usted?

—Demasiada lógica. Nora y Barrow iban a casarse.

—¿Adónde quiere ir a parar, hombre?

—A la pregunta clásica, sargento. ¿A quién benefician esas muertes?

—¡Oh, no! —El sargento llevóse las manos a la cabeza, perplejo e indignado—. Usted ha leído demasiadas novelas policíacas, Jellaby.

—Seguro que he leído novelas policíacas. Además, me encantan. Pero esa pregunta es clásica cuando se trata de un asesinato.

Spencer suspiró pacientemente.

—Mire, la muerte de Nora Merrit y de su prometido beneficia a

sus hermanas y a Templeton. Y si empieza usted a insinuar siquiera que uno de ellos es el criminal, déjeme decirle que va a encontrarse con una querrela criminal por difamación y libelo mucho antes de lo que imagina.

Jellaby echó a andar por el sendero, cabizbajo y preocupado.

El sargento se colocó a su lado.

—Créame, puestos a buscar motivos locales, usted sería un sospechoso ideal, Jellaby.

—Usted desvaría.

—Pamplinas, todo el mundo en Gladstone sabe que anduvo usted enamorado de Nora Merrit durante una temporada, hasta que el viejo le echó de su lado por indeseable.

Jellaby se detuvo en seco y sus ojos grises se clavaron en el rostro del policía.

Spencer le miraba con una ligera sonrisa. Parecía un niño grande.

—Sargento, si tiene algo entre ceja y ceja, suéltelo de una vez.

—Absolutamente nada, palabra. Pero las viejas chismosas de costumbre no han dejado de comentar esa circunstancia.

—Lo de Nora terminó apenas empezado. Ella era muy distinta de como yo la había imaginado.

—Terminó porque el viejo levantó la estaca.

—No... no fue así exactamente.

—La venganza también es un buen motivo para un crimen de esta clase, usted lo sabe si es tan aficionado a leer novelas policíacas.

—Si yo hubiese querido vengarme, habría descuartizado al viejo fósil, no a Nora.

—Quién sabe...

Reanudaron la caminata absortos cada uno en sus pensamientos.

Cuando se dieron cuenta, estaban ante la gran verja que cercaba los jardines de la residencia de los Merrit.

Era una pared de ladrillo de considerable altura, rematada por agudas puntas de lanza de un pie de largo, y tan juntos que entre una y otra no cabría ni el pie de un niño.

—Sargento...

—¿Va a confesar usted, Jellaby?

—¡Que el diablo le lleve! No bromea con este asunto... Mire ese

muro.

—¿Qué pasa con él?

—Si el crimen fue obra de un vagabundo, o de esos dos melenudos motorizados que usted mencionó antes... ¿cómo entraron al jardín para depositar la cabeza ante la ventana y matar al perro?

—No lo sé. Tal vez escalaron el muro.

—Necesitarían un helicóptero para salvarlo. A menos...

—¿Qué se le ocurre?

—Vamos a dar un vistazo a la fachada norte, sargento.

—¿Qué espera encontrar allí?

—Venga conmigo.

Recorrieron toda la extensión de la pared hasta el recodo.

Allí, el gran muro se perdía en la distancia. La luz del atardecer difuminaba la vegetación que en la lejanía se fundía con el alto muro como si éste se sumergiera en un oscuro abismo.

—Jellaby, no pretenderá que rodeemos toda la propiedad de los Merrit...

—No, miré allí.

—¡Cristo!

Había una pequeña puerta de hierro en el muro. Una puerta de aspecto tan sólido como la de una caja acorazada.

—Durante el tiempo que anduve tonteando con Nora nos habíamos citado aquí alguna vez —explicó Jellaby—. Aunque recuerdo muy bien que esa puerta estaba siempre cerrada. Nora la abría para salir, pero nunca olvidaba cerrarla otra vez.

—Veamos ahora...

Spencer giró el tirador y empujó. La puerta se abrió con un ligero chirrido de las bisagras.

—¿Qué le parece? Está abierta ahora...

—Quizá lo estuvo desde la noche del crimen —aventuró el reportero.

—Jellaby, está usted convirtiéndose en el sospechoso ideal. Conocía la existencia de esta portezuela y sabía que Nora acostumbraba salir por ella...

—¡Al infierno con usted! Nora salía por aquí cuando nos citábamos secretamente, antes que su padre averiguara nuestras relaciones. Pero jamás olvidaba volverla a cerrar. Y ahora está

abierta.

—Quizá el día fatal lo olvidó. O tal vez el asesino encontró la llave y la utilizó para abrir cuando trajo la cabeza de Barrow.

—¿Y cómo podía saber el criminal a qué puerta correspondía la llave, si era un forastero?

—Cuando más habla usted, Jellaby, más puntos acumula contra usted mismo.

El reportero soltó una amarga carcajada.

—Es usted una persona excelente, Spencer, pero un pésimo policía. El día que encuentre usted al viejo Merrit hecho tiras, cárguemelo a mi cuenta. Pero esas dos muertes fueron obra de alguien muy listo... alguien que tenía una razón muy concreta para matar.

—Usted, si tomamos en cuenta la venganza como motivo.

—O Templeton, si busca usted un afán de lucro.

—Eso no nos lleva a ninguna parte. Voy a entrar para advertirles que esta puerta está abierta.

—Le acompaño.

—Míster Merrit le azuzará los perros en cuanto lo vea.

—Los perros me conocen...

Jellaby se interrumpió bruscamente. Después, echándose a reír, comentó:

—Otro punto a mi favor para la candidatura de asesino, ¿no es eso lo que iba a decir, sargento?

—Más o menos.

—Nora solía pasear acompañada de ellos cuando acudía a nuestras citas.

—Ya veo.

Se internaron por el parque. Robles gigantescos se alzaban cubriendo los senderos de grava alfombrados de hojarasca. Una fuente rumoreaba entre el último revoloteo de los pájaros.

Dieron vuelta al edificio que servía de garaje.

Entonces, un bronco gruñido les detuvo en seco.

Un enorme perro lobo surgió cautelosamente de una esquina. Tenía vinos ojos rojizos y salvajes y sus colmillos como puñales no eran como para tranquilizar a nadie.

Les cerró el paso y gruñó otra vez.

—Tranquilo, «Rufus» —dijo Jellaby—. ¿Ya me has olvidado?

Avanzó unos pasos, no muy seguro de sí mismo.

De pronto, el gigantesco animal movió la cola y saltó hacia él.

Le puso las patas delanteras sobre los hombros y trató de lamerle la mejilla.

—¡Quieto, amigo! Me lavé la cara esta mañana, ¿sabes?

Jellaby le acarició. No cabía duda que el soberbio perro lobo estaba encantado con él.

En cambio, cuando el sargento avanzó, ahora ya confiado, saltó de los hombros del reportero y volvió a mostrar sus afilados colmillos con un gruñido amenazador.

Spencer se detuvo.

—¡«Rufus»! —exclamó Jellaby—. No puedes hacerle eso a nuestro buen sargento. Ven aquí.

No muy convencido, el perro se pegó a sus piernas sin dejar de vigilar al policía.

Así llegaron a la residencia. Con voz contenida, el sargento gruñó:

—Este animal sería capaz de despedazar a una persona, Jellaby.

—En efecto. Lástima que cuando el asesino estuvo aquí, «Rufus» hubiera quedado encerrado en el garaje. En cambio, se tropezó con el pobre «Graty», un animal pacífico y amistoso.

—Aun así, no comprendo cómo pudo matarlo sin que el perro tratara de atacarle. A menos, claro está, que el criminal fuera alguien a quien el perro conocía bien.

—A mí me conocía.

—Sí, eso iba a decir.

Jellaby acarició la gran cabeza del lobo y acto seguido llamó a la puerta de Worthy Arms.

CAPÍTULO V

Eveline Merrit miró preocupada a los dos hombres.

—Papá se pondrá furioso cuando vea que estás aquí, Mark —dijo con su voz suave—. Está muy molesto contigo desde que leyó el último número de tu semanario.

—Tu padre está molesto conmigo desde mucho antes. Pero no importa, sólo he acompañado al sargento. Estábamos dando un paseo cuando hemos descubierto que la puertecilla del parque estaba abierta.

—¿Abierta?

El asombro dejó paralizada a la muchacha.

Spencer dijo:

—Por eso he decidido entrar, para advertirles. Mejor será que la cierren y controlen la llave. Por esa puerta, cualquier extraño puede penetrar en Worthy Arms.

Eveline se quedó mirando a Jellaby con los ojos muy abiertos.

—Mark...

—Sé lo que estás pensando.

—Te aseguro que desde los tiempos en que Nora se citaba contigo, nadie ha utilizado esa salida para nada.

—¿Ni ella tampoco?

—No, nunca.

—¿Y la llave?

—Debe estar en el armario del vestíbulo.

—¿Le importaría comprobarlo, señorita Merrit? —pidió el sargento.

—Un momento...

Les dejó solos en la gran sala.

Jellaby paseó la mirada por las paredes. Había grandes estanterías repletas de libros, y costosos cuadros en los espacios de pared que quedaban libres. Cuadros de buenas firmas la mayoría,

aunque otros correspondían a miembros de la familia Merrit ya desaparecidos.

—Un ladrón con un poco de tiempo se haría rico aquí —comentó entre dientes.

—Un ladrón... o un heredero sin escrúpulos —puntualizó el sargento.

—Váyase al infierno, sargento. ¿Está empezando a darme la razón?

—Usted no tiene razón nunca, Jellaby. Excepto, quizá, jugando al *bridge*. Para eso reconozco que es usted muy bueno.

Eveline regresó con una mirada perpleja en sus hermosos ojos verdes.

—No está —murmuró.

—¿Quiere decir que la llave de esa puerta ha desaparecido? —exclamó el sargento.

—Debería estar en el armario, donde se guardan las llaves de todas las dependencias.

Pero no he podido encontrarla.

—Tal vez alguno de los sirvientes la tomó —aventuró Mark.

—Lo preguntaré ahora mismo.

Volvió a dirigirse a la puerta. Su cuerpo soberbio, prieto y juvenil, se llevó prendida la mirada del reportero hasta que hubo desaparecido.

Spencer comentó en voz baja:

—Tiene usted una mente obscena, Jellaby. Puedo adivinar lo que pensaba mientras seguía a esa muchacha con su mirada.

—Si pudiera pensarlo se ruborizaría, sargento.

Desde el lugar donde se había tumbado, el gran perro lobo levantó las orejas y dejó escapar un sordo gruñido.

Mark se volvió. En una puerta lateral había aparecido mister Merrit.

Mostraba un rostro pálido y ceñudo. Sus ojos cansados brillaban con inequívoca ira.

—¿Quién le autorizó a entrar aquí, Jellaby? —tronó.

Spencer se adelantó.

—Disculpe usted, señor. Jellaby estaba conmigo cuando decidí entrar para advertirles que la puerta del muro norte estaba abierta. Él, simplemente, me acompañó.

—Ni eso disculpa su presencia en mi casa, sargento. Haga el favor de rogarle que se retire y después estaré en condiciones de hablar con usted.

Jellaby ahogó una sarta de maldiciones y sólo dijo:

—Si espera usted que le pida disculpas por haber entrado en su casa, siéntese míster Merrit, porque el asunto va para largo.

—Siempre supe que usted carecía de modales.

—Y de fortuna. Por eso le sentó tan mal que cortejara a Nora.

—¡No se atreva a nombrarla siquiera! —Se encrespó el viejo.

—¿Por qué no? Respeto su recuerdo, lo crea usted o no. Pero sólo con que usted hubiese esperado unos días antes de soltar su caja de los truenos, el asunto entre Nora y yo habría terminado por sí solo, como en realidad estaba prácticamente acabado cuando usted intervino.

—¿Quiere hacemos creer que usted habría renunciado a la fortuna de Nora voluntariamente?

Mark Jellaby, esta vez, dejó escapar un juramento tan rotundo que el sargento se estremeció.

—Tiene usted una mente tan sucia, señor —dijo el reportero con voz que vibraba de ira—, que sólo es capaz de ver el mal donde no existe. Una mente llena de veneno, ni más ni menos. Así ha envenenado a toda su familia. Yo nunca pensé en su maldito dinero cuando creí estar enamorado de Nora.

—Tiene un minuto para salir de esta casa.

—Ni sus propios perros le aprecian. ¿Se ha detenido a pensar en eso?

Mark giró sobre los talones y se encaminó a la puerta.

El perrazo se levantó de un salto y trotó alegremente, siguiéndole.

El anciano gritó:

—¡Ven aquí, «Rufus»!

El animal se detuvo, ladeó la cabeza y sus ojos salvajes miraron un momento a su dueño. Luego, reanudó la carrera en pos del reportero que ya había abandonado el salón.

Eveline se detuvo en el vestíbulo, sorprendida de verle salir tan precipitadamente.

—¡Mark!

—Hola, linda. Tu padre acaba de soltarme otro latigazo.

El perro se pegó a sus piernas, como impaciente por acompañarle.

—Estoy segura de que tú tampoco has hecho nada para suavizarlo.

Él rió entre dientes.

—Suavizar a tu padre es lo mismo que querer suavizar a un erizo. Él sigue convencido de que yo me aparté de Nora sólo porque me amenazó.

—Ya sé lo que piensa papá respecto a eso. Nunca ha creído que cuando intervino, tú ya habías roto con ella.

—No fue una ruptura, Eve. Nos dimos cuenta que nuestros caracteres no congeniaban, eso fue todo. En realidad, tu hermana se parecía mucho a tu padre.

—Ya lo sé... Era la más fuerte de las tres, la que tenía un carácter más intransigente.

—Ahí tienes. Ésa fue la razón de que lo nuestro no prosperase. De otro modo, tu padre jamás hubiera podido apartarme de ella, si realmente yo la hubiese amado.

—¿Estás seguro?

—Completamente. A tu padre se le paró el reloj en las glorias coloniales, linda, y tú lo sabes. El tiempo de azotar a los criados hindúes pasó a la historia.

Ella sonrió por primera vez.

—Mark, me alegro de que hayas venido. Hay demasiada seriedad en esta casa, y no me refiero a la tristeza por lo sucedido.

—Ya sé lo que quieres decir. ¿Por qué no sales más a menudo?

—¿Por qué, a dónde... y con quién? Papá ha hecho que no tengamos amistades con nadie del pueblo, marcando las distancias que deben separarnos de modo absurdo del resto de la gente. Nuestras únicas amistades están en Londres... y detesto la ciudad cordialmente.

—Te creo. Pero cuando te aburras puedes venir a mi redacción. Podrías echarme una mano para redactar las notas de sociedad, por ejemplo.

De nuevo arrancó una sonrisa a la muchacha.

—¿Tú crees que serviría?

—Quién sabe...

—¡Eh, lo veo y no puedo creerlo! —exclamó una voz desde las

escaleras—. ¡Mark Jellaby en esta casa, y no le falta ningún miembro, ni sangra por la nariz ni nada...!

Él se volvió.

—Hola, Gertie. ¿Esperabas verme con desperfectos?

—Los sufrirás si papá te sorprende aquí.

—Ya me vio. Y me arrojó a puntapiés.

—Debe haberte dado los puntapiés en salva sea la parte, ¿eh?

Porque no se ven las huellas.

—Encanto, ha sido un puntapié moral.

—Ésos no duelen.

La muchacha descendió los últimos escalones y fue a estrecharle la mano cordialmente.

—¿A qué viniste, Mark?

—Entré acompañando al sargento Spencer. Encontramos la portezuela del parque abierta y decidimos avisar.

Las dos muchachas cambiaron unos comentarios respecto a la desaparición de la llave. Mark las interrumpió:

—Debo marcharme ahora o míster Merrit pedirá mi cabeza a gritos.

—Te acompañamos —decidió Eveline.

Los tres salieron al jardín. Una luz lánguida se filtraba entre el follaje mientras la niebla hacía acto de presencia precipitando el crepúsculo.

El perro trotaba a su alrededor, dando saltos de contento.

Gertie dijo:

—Ha sido una pesadilla horrible, Mark. ¿Quién piensas tú que lo hizo?

—El sargento cree que un vagabundo.

—Te he preguntado tu opinión, no la del sargento.

Él desvió la mirada.

—No tengo ninguna —replicó evasivamente—. Olvidas que no poseo suficientes elementos de juicio.

Eveline apoyó la mano en el brazo de él.

—Mark, estás esquivando la respuesta.

—De veras que no. Fue una salvajada tan absurda que no puede uno imaginar un motivo plausible para ella.

Por un instante sus miradas se encontraron. Las verdes pupilas de Eveline eran cálidas y profundas, rebosantes de afecto. Él sonrió.

—De cualquier modo, mi opinión no tendría mucho valor.

—Mark...

—Vamos, sigue. ¿Qué ibas a decir?

Eveline miró a su hermana con evidente apuro.

De modo que fue Gertie la que dijo resueltamente:

—Lo que escribiste respecto al pobre John... ¿De veras lo pensabas, o fue solo una treta sensacionalista?

—Me limité a resaltar un hecho comprobado. Él estuvo fuera al tiempo que se cometían los asesinatos, eso es todo.

—Pero Johnny es incapaz de hacerle daño a una mosca. En tu vida has conocido a nadie más tranquilo y pusilánime que él. Cuando... cuando miró por la ventana y vio aquello se desmayó.

—Además —terció Eveline—, él no tiene ningún motivo. Es cierto que a veces discutía con Nora, pero todo el mundo acababa discutiendo con ella alguna vez.

—Supongo que cuando muera vuestro padre, él tendrá parte de la herencia...

—Naturalmente.

—Ése también es un motivo. Cuanta menos gente haya a la hora de distribuir la fortuna, mayores serán las partes de cada uno.

—¡Mark, no puedes hablar en serio! Eso que insinúas es monstruoso —protestó Eveline apasionadamente.

—Todos los crímenes son monstruosos. Y no olvides que yo me he limitado a exponer una vaga teoría. Cosa que también habrá hecho el sargento Spencer aunque se niegue a admitirlo. En todo crimen hay un motivo. El juego consiste en eliminar los motivos inviables hasta quedarse con el definitivo.

—Al pobre Johnny casi le dio un ataque cuando leyó tu artículo. Si le conocieras como nosotras le conocemos ni siquiera le habrías nombrado.

Habían llegado junto a la gran verja de hierro que cerraba el parque. Se detuvieron. Por primera vez, Eveline pareció darse cuenta de que aún llevaba la mano en el brazo de él y la apartó con un leve sobresalto.

Gertie achicó sus bellos ojos oscuros.

—Me gustaría que vinieras más a menudo, Mark. Nos aburrimos mucho aquí, solas.

—Me compraré un chaleco a prueba de balas y vendré a jugar al

tenis de vez en cuando.

—No bromees. Papá se ausenta a menudo y está fuera dos o tres días, atendiendo sus intereses en Londres. Sería la ocasión.

—Lo pensaré.

Besó a Gertie en la mejilla de modo espontáneo.

Hizo lo mismo con Eveline, pero ésta movió la cara inesperadamente y sus labios rozaron la boca de Mark durante un fugaz instante.

Jellaby sintió una corriente cálida invadirle de sopetón. En su boca quedó la sensación profunda de un deseo frustrado y le costó un esfuerzo dominarse.

—Te llamaremos por teléfono, Mark —prometió Gertie.

—Estupendo.

Acarició la cabeza del perro y atravesó la verja, alejándose por el ancho camino enarenado hasta que la niebla y la oscuridad se lo tragaron.

Las dos muchachas regresaron lentamente a la casa.

No hablaron durante todo el trayecto.

Sólo al llegar, Gertie dijo:

—¿Estás enamorada de él, Eve?

—¡Gertie!

—Oh, no hagas teatro conmigo. Siempre le has querido, incluso cuando tonteaba con Nora, ¿verdad?

—Me atrae —confesó la muchacha—. Es tan distinto de los hombres que conocemos...

—De los hombres que papá nos obliga a conocer, hermanita, que es muy distinto.

—Sea como sea, él es diferente. Varonil, cínico, fuerte... Jamás le ha preocupado lo que la gente piense de él y de su modo de vivir...

—Bueno, entonces no te duermas en tus sueños, querida, o lo perderás.

Eveline sonrió.

—Tú das las cosas por hechas, ¿no es así? Recuerda a papá.

Entraron en la casa y el silencio, la niebla y la oscuridad cayeron sobre el parque, hundiéndolo en una masa gris y deforme en la cual podía ocultarse cualquier cosa. Hasta la muerte.

CAPÍTULO VI

«Rufus» gruñó desde las sombras.

Míster Merrit sintió tentaciones de azotar al perro sólo para que supiera de una vez por todas quién mandaba en Worthy Arms. Sólo le contuvo el pensamiento de sus hijas, sentimentales y débiles. Ellas amaban al perro y lo echaban a perder con sus mimos.

—Cállate ya —exclamó no obstante—. Para lo que sirves...

El animal ladró furiosamente. El anciano encendió la luz del garaje y la claridad tropezó con la cortina de nieblas, espesa e impenetrable.

—¡Ven aquí, «Rufus»!

A regañadientes, el perro obedeció entrando en el garaje.

Deseando terminar con esta tarea porque sentía la humedad de la niebla penetrarle hasta los huesos, el anciano apagó la luz y cerró otra vez la puerta del garaje, maldiciendo para sus adentros al díscolo animal.

Apenas había dado unos pasos cuando «Rufus» aulló lastimeramente desde su encierro.

—¿Qué quieres, pasearte bajo la niebla toda la noche? —rezongó míster Merrit prosiguiendo su camino.

En verdad, la niebla, esa noche, era espesa como pocas veces se daba en los inicios del otoño. Ni siquiera las luces de la gran casa podían penetrarla y se adivinaban, pálidas y difuminadas, en la distancia.

No obstante, la muerte sí podía abrirse paso en medio de aquel sudario gris.

Una muerte silenciosa, siniestra, que surgió detrás del anciano como una oscura silueta informe y letal.

El aristócrata no supo de su presencia hasta que las manos cual garras de hierro se cerraron en torno a su cuello.

Fue una presa fácil para el asesino. El anciano trató de debatirse

boqueando desesperadamente, mientras los pulmones le ardían y sentía aplastarse su garganta.

Luego, cuando una niebla roja se extendía ante sus ojos a punto de saltarle de las órbitas, las manos aflojaron un poco su férrea tenaza. El cuerpo de míster Merrit se venció y de algún modo el asesino se situó ante él, sosteniendo una presión que le ahogaba despacio, inexorablemente.

En medio de aquella cortina roja que enturbiaba su mirada, el viejo vio la oscura forma de quien le mataba despacio. Era una confusa masa implacable que se inclinaba sobre él como si quisiera escrutarle el fondo de sus pupilas inmensamente abiertas.

La presión se hizo más suave, permitiendo que leves partículas de aire llegaran a sus ardientes pulmones. Boqueó, gimoteando.

Y entonces, de aquella niebla siniestra surgió el rostro del asesino. Un rostro crispado por el odio, con unos ojos que chispeaban rebosantes de maldad.

Míster Merrit se debatió con más violencia. Quizá creyó que ya estaba muerto y que aquello no era más que una pesadilla.

—¡Tú...! —boqueó sin voz, incrédulo.

Las manos apretaron de nuevo, feroces. Los pulgares se hundieron más y más hasta casi desaparecer en el hundido cuello.

Hasta que de pronto sonó un chasquido y el anciano quedó pendiendo de aquellas zarpas, inerte como un pelele.

El asesino le depositó suavemente en el suelo. En medio de la niebla apenas podía distinguir sus propias manos.

En el garaje, el perro aulló furiosamente.

Sin apresurarse, la silueta imprecisa del matador tomó una cuerda que llevaba arrollada a la cintura. La cuerda terminaba en un lazo corredizo.

No se apresuraba. Todos sus movimientos eran lentos, calculados, pausados, como si estuviera realizando una tarea agradable y normal en el quehacer de un hombre también normal.

Lanzó la cuerda hasta pasaría por encima de la rama del roble más cercano al garaje. Unos minutos después, el cuerpo del anciano colgaba del árbol balanceándose suavemente. Un siniestro péndulo perdido en el mar oscuro de la niebla.

«Rufus» lanzó un largo y lúgubre aullido y después calló.

El parque, silencioso, quieto y oscuro pareció engullir la negra

sombra de la muerte mientras el cadáver ahorcado quedaba allí, mudo testigo del odio vengativo que acababa de descargar otro zarpazo.

CAPÍTULO VII

Esta vez el sargento Spencer se declaró vencido desde un principio.

—He pedido ayuda a Scotland Yard —murmuró cuando Jellaby se le unió en el salón de Worthy Amas.

—Con eso atraerá a los reporteros de Londres también. Acudirán aquí como moscas a la miel.

—Maldito si me preocupa eso ahora. Este asunto va a volverme loco, Jellaby. La muerte de míster Merrit es algo increíble, absurdo...

—¿Por qué absurdo? Le colgaron de un árbol según dijo usted.

—Pero no murió ahorcado.

—¿Qué?

—Ya estaba muerto cuando le colgaron. El médico es terminante en esto. Míster Merrit minió estrangulado, y el asesino le ahorcó después.

—Tiene usted razón —convino Jellaby—. Es un asunto de locos. ¿Cómo están las muchachas?

—Deshechas, naturalmente. Su médico personal las atiende arriba en estos momentos.

—¿Y Templeton?

—Tiene un ataque de nervios. Ese tipo fue quien lo encontró cuando salió en busca del anciano.

—De modo que él le encontró, ¿eh?

Spencer le dirigió una mala mirada.

—No empiece con sus absurdas ideas, Jellaby. Míster Merrit era un fanático de la puntualidad, sobre todo tratándose de la mesa. Al ver que no aparecía, Templeton salió a buscarle y se llevó el mayor susto de su vida cuando dio de narices con los pies del cadáver que se balanceaba en el árbol.

—Me sorprende mucho que supiera dónde buscarlo, sargento.

Éste suspiró.

—No lo sabía, pero míster Merrit había salido para encerrar al perro. No quiso dejarlo suelto con una noche tan húmeda como ésta, de modo que Templeton se dirigió al garaje para ver si todavía estaba allí.

—¿Y...?

—En el garaje, ese endiablado perro aullaba como un condenado, pero el anciano no estaba allí. Cuando Templeton regresaba, muy alarmado, dio de narices con el cadáver.

—Entiendo. ¿Y dónde estaba antes de salir a buscar al viejo?

—¿Templeton? En su cuarto. Tiene un pequeño estudio junto al dormitorio.

—¿Lo ha comprobado usted?

—Mire, Jellaby, no me complique la vida. Todavía sé cómo llevar a cabo los preliminares de una investigación. Templeton jura que estaba allá arriba... En realidad, estuvo trabajando toda la tarde.

—¿Alguien puede confirmarlo?

El sargento suspiró.

—Una sirvienta le llevó el té a su hora de costumbre.

—Eso sería alrededor de las cinco. ¿Y después?

—Estuvo solo, trabajando.

—Eso dice él.

—¡Maldita sea, Jellaby! Claro que lo dice él. Y no sé cómo nadie podrá demostrar lo contrario, aparte, claro está, de que yo no creo que Templeton haya cometido ningún crimen. Ese individuo es... bueno, lo más opuesto a un hombre violento y sanguinario.

—Alguien mató, y ahora no le cabe la explicación de un vagabundo.

—Alguien que odiaba profundamente al viejo —masculló el sargento entre dientes—. Alguien que le odiaba tanto que no se conformó con estrangularlo. Le ahorcó después, como un macabro remate a su obra de odio.

—Ni más ni menos.

—¿Dónde estaba usted alrededor de las siete, Jellaby?

El reportero rió de mala gana.

—En mi despacho. Y sin testigos, sargento.

—Usted odiaba al viejo, ¿eh? Tuvieron una buena discusión esta

misma tarde en mi presencia.

—Le detestaba cordialmente.

—Y tenía usted motivos, lo reconozco —dijo Spencer, ceñudo—. Si no hubiera sido por el anciano usted hubiera podido casarse con Nora y metido mano en su inmensa fortuna.

—Dejemos eso —gruñó Jellaby, fastidiado—. Yo nunca me habría casado con Nora.

—Eso cuénteselo a los del Yard cuando lleguen. Le costará convencerlos.

—¡Al infierno con usted! ¿Dónde está el cadáver ahora?

—He ordenado que lo lleven a la clínica del doctor Morton para la práctica de la autopsia.

—Yo en su lugar, sargento, me pondría mis mejores galas para cuando lleguen los chicos del Fleet Street. Querrán sacarle algunas fotografías para los grandes diarios de Londres...

—¡Eh! ¿Adónde cree usted que va?

—Quiero preguntar por Gertie y Eveline, y después dar un vistazo al árbol del ahorcado. Eso suena bien para un reportaje... «El árbol del ahorcado». ¿Qué le parece?

—Que es usted un plagiario. Hay una película con ese título.

—¿De veras? ¡Qué lástima...!

El reportero salió del salón, dejando a un indignado sargento cuya mente estaba convertida en un caos.

Miró a su alrededor, a los retratos de los Merrit desaparecidos. Deseó que cualquiera de ellos pudiera volver desde el Más Allá para darle la solución del espeluznante enigma.

Sin embargo, Spencer sabía que los muertos no vuelven y que ninguna ayuda podía esperar de ellos.

No, no podían ayudarle.

Pero siguió mirándoles un buen rato, quizá porque así evitaba pensar en su impotencia.

CAPÍTULO VIII

Jellaby acertó. Detrás del hombre de Scotland Yard llegaron una nube de reporteros y fotógrafos a la caza de un buen asunto que elevara las tiradas de sus respectivos diarios.

Llegaron tantos, que el sargento se vio obligado a desplegar todas sus fuerzas, consistentes en tres agentes con sus correspondientes bicicletas, para evitar que los entrometidos periodistas se colaran en el parque de Worthy Arms e invadieran la residencia.

Había periodistas especializados en sucesos, reporteros independientes alentados por la esperanza de encontrar un reportaje lo bastante sensacionalista como para que las revistas de todo el país pagaran por él.

Y fotógrafos, de plantilla e independientes, despilfarrando película sin cesar, remoloneando a la espera de cualquier descuido de los policías para escabullirse y llegar hasta la casa.

Jellaby los vio desde el parque y torció el gesto. No le gustaba tanta competencia. Anduvo sin prisas hasta la residencia y se coló hasta el primer piso sin que nadie le cerrara el paso.

Joyce, la bonita camarera, salió de una habitación y se llevó un buen susto al tropezarse con el periodista.

—¡Oh, es usted, míster Jellaby! —jadeó.

—Hola, Joyce. ¿Cómo están las señoritas?

—Muy mal, ya puede imaginarlo.

—¿Cree usted que podría pasar a saludarlas?

—No me parece correcto, señor. Han desayunado en sus habitaciones y no están vestidas aún.

—Entonces esperaré abajo... O mejor, ¿cuál es la habitación de míster Templeton?

—La del final del pasillo, señor. Pero él ha bajado hace unos minutos para hablar con los policías.

—Oh, bien, no tengo suerte esta mañana.

Se dirigió a las escaleras acompañado por la pizpireta muchacha.

Antes que llegaran abajo, ella musitó:

—Estamos todos asustados, señor...

—Es natural.

—Míster Jellaby. ¿Cree usted que... que corremos algún peligro en esta casa?

—Francamente, opino que no. ¿Por qué lo pregunta, Joyce?

—Anoche lo estuvimos hablando las otras chicas y Tony, el chófer. Tony dijo que en cuanto pudiera hablar con las señoritas se despediría. No quiere seguir aquí ni un día más.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—No lo sé todavía. Por una parte tengo mucho miedo. Pero también lamento abandonar a las señoritas en estas circunstancias.

—Claro, claro...

Joyce desapareció hacia las dependencias del servicio. Jellaby se entretuvo en el *hall* el tiempo de encender un cigarrillo y después se dirigió a la biblioteca.

Antes que llegara a ella, la puerta se abrió dando paso al joven Templeton. Su rostro afilado estaba terriblemente pálido y alrededor de sus ojos había profundos círculos oscuros.

—Hola...

Ni siquiera le devolvió el saludo, desapareciendo por las escaleras apresuradamente.

Él entró en la gran estancia.

Vio al sargento Spencer y a un hombre de mediana estatura, vestido de oscuro. Tendría alrededor de cuarenta años y era de anchos hombros y rostro tranquilo. Mordisqueaba una vieja pipa y se volvió al oírle entrar.

Spencer exclamó:

—Estábamos hablando de usted, Jellaby. Éste es el superintendente McDougall, de Scotland Yard.

—Me alegra conocerle, señor.

—Míster Jellaby...

—Lo que no me gusta —le interrumpió éste—, es toda esa corte de periodistas que se ha traído usted.

El hombre del Yard sonrió.

—Le aseguro que a mí me disgustan tanto como a usted los periodistas. A propósito, creo que usted también lo es...

—En cierta forma. Soy el editor, columnista y mozo de recados del *Gladstone Journal*, nuestro sesudo semanario.

—El sargento Spencer me ha hablado de usted.

—Espero que haya sido algo bueno.

McDougall sonrió. Sin prisas, sacó una bolsa de tabaco y se entretuvo llenando la pipa, que se llevó a los dientes una vez encendida.

—Tengo entendido que usted y el anciano míster Merrit habían tenido... este... algunas diferencias.

Jellaby sacudió la cabeza.

—Empieza usted por el sendero erróneo. Yo no maté al viejo, aunque le detestaba.

—Me limito a realizar una preliminar eliminación, ¿comprende?

—No se lo reprocho. Si el sargento le ha contado la historia de mis diferencias con el viejo sabrá todo lo que hay que saber al respecto.

—Entiéndame, míster Jellaby; usted tenía razones para odiar al anciano. No posee coartada alguna satisfactoria y además tuvo la oportunidad. Conocía la casa, sus costumbres, la existencia de esa puerta posterior cuya llave ha desaparecido...

—Y por ende, «Rufus» me conoce lo bastante como para haberme permitido llegar hasta el viejo sin atacarme.

—Ciertamente.

—A pesar de todo esto, yo no le maté.

—Estoy seguro de que no lo hizo. Le he expuesto esos detalles para que comprenda mis razones para dedicarle atención preferente... con el fin de eliminarle cuanto antes de la lista de sospechosos.

—¿Y me ha dejado limpio?

El superintendente suspiró, exhalando una gran nube de humo.

—Bueno... en parte. ¿Qué le parece si nos sentamos? Estoy molido del viaje tan precipitado.

Jellaby encendió un cigarrillo y observó el rostro inexpresivo de aquel hombre. Creyó adivinar una aguda inteligencia debajo de su máscara de placidez o indiferencia. Sin ninguna duda, McDougall era un auténtico cazador de hombres.

—Y ahora, si no les importa —dijo el hombre del Yard—, les agradecería que me pusieran al corriente de los antecedentes de esta familia. No conozco más que generalidades de los Merrit hasta este momento.

Spencer dijo:

—El destino ha sido muy duro con ellos. Hace seis años, *mistress* Merrit pereció en un accidente de coche. Perdió el control del auto en una noche de niebla y se despeñó por un barranco. Eso fue un rudo golpe para todos los demás porque siempre habían sido una familia muy unida, con recios principios y rígidas reglas de conducta...

McDougall escuchaba con aspecto casi distraído. Sin embargo, Jellaby estaba dispuesto a jurar que la mente de aquel hombre era como una computadora que archivaba cada dato con precisión cronométrica.

El sargento prosiguió:

—Apenas seis meses más tarde, Jackie, el único hijo varón de los Merrit, se ahogó bañándose en el mar. Pasó mucho tiempo antes que el anciano patriarca se rehiciera de ese nuevo golpe.

—Es natural.

Jellaby se recostó en la butaca. Todo aquello ya lo conocía, pero no obstante rememoraba viejos recuerdos a medida que el sargento desgranaba la terrible historia de la familia Merrit.

—No puede decirse que haya sido una familia feliz —convino el superintendente—. Esas desgracias son de las que dejan huella...

—Ya desde los primeros tiempos que el viejo Merrit pasó a ser la cabeza patriarcal de la familia tuvo dificultades. Tenía dos hermanas más jóvenes que él. También ellas le defraudaron. La menor se casó con un tipo encantador, pero medio loco y sin un céntimo. Se fue con él a pesar del veto que Merrit le impuso. Ese matrimonio duró apenas cuatro o cinco años. Se divorciaron y ella se quedó con la custodia del hijo. Jamás volvieron a Worthy Arms, a pesar de que malas lenguas aseguran que ella pidió ayuda a su hermano y que éste se la negó.

—¿Y qué fue del hijo?

—Bueno, durante unos años nadie supo una palabra de él. Después, apareció vestido de luto, cuando ya contaba más de veinte años. Le pidió dinero a su tío para emigrar a Australia y Merrit vio

la manera de librarse de él definitivamente. Le dio cuanto necesitaba. El muchacho se llamaba Charles Keller.

—¿No regresó?

—Nunca. Murió en Australia víctima de una de esas extrañas enfermedades producidas por no sé qué virus.

Jellaby terció:

—Apostaría que el viejo Merrit suspiró de alivio cuando supo la noticia de esa muerte.

—Es usted un salvaje, Jellaby —rezongó el sargento.

—No nos desviemos de la cuestión —dijo el hombre del Yard tranquilamente—. Hasta ahora tenemos la historia de una de las hermanas de míster Merrit. ¿Qué pueden decirme de la otra?

—Ésa se casó con la aprobación del hermano. Tuvo un hijo también, Templeton, al que acaba usted de conocer.

McDougall sonrió, encarándose con el periodista.

—John Templeton... su sospechoso ideal según el sargento. ¿No es cierto, míster Jellaby?

Éste se encogió de hombros.

—Me limité a señalar una posibilidad.

—Continúe usted, Spencer.

—Bien, apenas queda nada más. El padre de John Templeton tuvo un revés de fortuna. Eso hizo que el hijo dejara de asistir a la universidad. Más tarde, los padres murieron en Suiza, bajo un alud de nieve. Míster Merrit admitió al joven Templeton en esta casa, donde ha vivido desde entonces, aunque un poco marginado por el anciano si no estoy equivocado.

—Lo cual pudo crear en él un vivo antagonismo —saltó Jellaby, aplastando el cigarrillo en un cenicero.

—¿Tan agudo como el de usted?

La pregunta del superintendente arrancó una mueca del aludido.

—No me ha descartado usted aún, ¿eh? Está bien, mi antipatía por el viejo Merrit no tiene nada que ver con su muerte. Cuanto antes acepte usted este hecho, antes podrá dedicar sus esfuerzos a buscar al verdadero criminal.

—No se ofenda, amigo Jellaby. Ya conozco la historia de sus breves amoríos con Nora Merrit. Y a propósito... ¿Ninguno de ustedes se ha planteado la pregunta de quién pudo odiar tanto al viejo como a la muchacha?

—Y no olvide usted al novio de ella, Henry Barrow.

—No lo olvido, naturalmente, aunque la muerte de este pudo ser debida a otras causas ajenas por completo al odio. Quizá descubrió al criminal, apenas consumado su sangriento asesinato, o le vio merodear por los alrededores del lugar de la carnicería... Naturalmente, el asesino se vio obligado a matar otra vez.

La llegada de uno de los agentes les interrumpió.

El sargento gruñó:

—¿Qué ocurre, Lewis?

—Se trata de los periodistas, señor. Están cada vez más excitados por su negativa a admitirlos en la casa.

McDougall se levantó pesadamente.

—Creo que será mejor atenderlos antes que alboroten como tienen por costumbre. Haré una breve declaración y eso les mantendrá tranquilos unas horas...

Jellaby le siguió al exterior.

Un sol tibio que apenas podía atravesar la neblina que flotaba a media altura clareaba el jardín y el parque despejando las sombras de la espesura.

El tropel de reporteros se alborotaron considerablemente al descubrir a Jellaby en el interior de la verja. Sus protestas se alzaron ruidosamente porque la mayoría de ellos sabían que era el editor del semanario local y consideran aquello como un trato de favor hacia Jellaby por parte de la policía.

El sargento dejó que fuera el hombre del Yard quién trataba de apaciguarlos. Sólo cuando McDougall hubo formulado unas vagas declaraciones que no le comprometían a nada, Spencer aclaró, refiriéndose a Jellaby:

—Él se encuentra aquí en calidad de sospechoso número uno. Ésa es la razón de que le mantengamos vigilado de cerca. ¿Disipa eso sus recelos, señores?

La noticia cayó como una bomba. Los periodistas salieron de estampida hacia el pueblo para telefonar cuanto antes la noticia y en unos segundos el amplio camino de grava quedó completamente desierto. Jellaby gruñó entonces:

—No me ha hecho usted ningún favor, Spencer.

Éste rió entre dientes.

—Era lo menos que podía hacer para desagraviar al pobre

Templeton, ¿no cree?

Y así quedó la cosa... de momento.

CAPÍTULO IX

A primeras horas de la tarde Jellaby continuaba sin haber podido hablar con las dos hermanas.

Tanto Eveline como Gertie habían pasado más de una hora encerradas en la biblioteca con los dos policías. Después, pálidas y angustiadas, regresaron a sus habitaciones y él maldijo entre dientes porque no comprendía su insospechada impaciencia por volver a verlas.

Algunos periodistas habían regresado y montaban tenazmente la guardia en el exterior de la verja. Cuando McDougall y el sargento salieron a bordo del coche de Spencer se lanzaron tras ellos como sabuesos dejando solo en la entrada al policía Lewis, encargado de la custodia del portal.

Jellaby se le unió. Ambos encendieron cigarrillos y Lewis comentó:

—Le han salido a usted muchos competidores, ¿no le parece?

—Acabaré vendiéndoles mi exclusiva.

—Es usted capaz de hacerlo. ¿Cómo van las cosas ahí dentro?

—No van de ningún modo. No creo que ese hombre de Londres haya adelantado más que Spencer hasta ahora.

—¿Es cierto que sospechan de usted, Jellaby?

—Tonterías. Eso fue una pequeña venganza del sargento. ¿Van ustedes a custodiar la casa de modo permanente?

—Por lo menos, éstas son las órdenes.

Jellaby suspiró.

—Eso me tranquiliza. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que esta pesadilla no ha terminado todavía.

—No sea usted tan pesimista, hombre.

—Estaré en la casa hasta más tarde. Si necesita cualquier cosa, llámeme.

Lewis asintió y se quedó solo, fumando tranquilamente.

La servidumbre andaba revuelta a causa del pánico. Jellaby les encontró reunidos en el *office*, discutiendo la conveniencia de despedirse en bloque.

El más inquieto parecía ser el chófer.

Era un hombre de unos treinta años, alto y delgado y en cuya mirada huidiza se adivinaba el miedo.

—Yo no paso otra noche en esta casa —dijo resueltamente.

Pero no añadió nada más al ver entrar al periodista.

Éste comentó:

—¿De qué tienen miedo? Hasta ahora, nadie ha intentado ninguna violencia contra ninguno de ustedes, que yo sepa.

No obtuvo respuesta.

Sólo Joyce murmuró al cabo de unos instantes:

—Yo me quedaré, míster Jellaby, aunque sólo sea por las señoritas.

—No me lo cuenten a mí, sino a ellas. He venido en busca de un poco de café, si es posible.

La cocinera asintió y le sirvió una taza, pero consciente de que su presencia no resultaba muy grata en aquellos momentos, la apuró y despidiéndose regresó al jardín.

Deambuló hasta el garaje. Alguien había atado a «Rufus» con una cadena y el animal empezó a saltar de gozo al verle.

—No te tratan muy bien estos días, ¿no es cierto, amiguito?

Le acarició, y al fin le libró de la cadena para que el enorme perro pudiera saltar a su antojo.

Después, los dos caminaron por el parque durante un buen rato.

—Si tú pudieras hablar —dijo Jellaby acariciando las enhiestas orejas del perro lobo—, seguramente cazaríamos al asesino sin dificultad. ¿No te parece?

Le replicó un alegre ladrido.

Cuando emprendían el regreso entre los árboles, el perrazo se detuvo en seco, rígido, emitiendo un sordo y continuo gruñido.

—¿Qué te pasa, «Rufus»?

Entonces lo oyó. Sin ninguna duda, era el rumor de pies pisoteando la seca hojarasca del parque, más allá de los arbustos.

Jellaby se agazapó, conteniendo al perro. Sintió un momentáneo escalofrío de temor, pero luego olvidó el miedo y se dejó ganar por una extraña excitación.

—Quieto, amigo —musitó junto al perro.

Éste estaba tenso como un cable, las orejas tiesas y los afilados colmillos al descubierto.

Instantes después, dos cabezas asomaron por encima de la barrera de arbustos recortados, atisbando cautelosamente.

«Rufus» dio un violento tirón que casi derribó al periodista, que le sujetaba por el collar metálico.

Los dos hombres no pudieron ocultar el sobresalto.

—¡Eh, no suelte a esa bestia, por favor! —chilló el más bajito, un tipo rechoncho y de cara rubicunda.

—¿Quién demonios son ustedes?

Los dos bordearon la barrera de vegetación. El rechoncho iba armado con dos complicadas cámaras fotográficas.

El otro era de elevada estatura, delgado y vestido con un pantalón gris y una chaqueta deportiva. Su camisa blanca aparecía bastante arrugada y llevaba flojo el nudo de la corbata.

—Él es George Anderson, y yo me llamo Lefty —dijo el de las cámaras—. Pertenecemos a la prensa, ¿sabe?

El perro seguía excitado tirando para librarse.

—Merecerían que les soltara a «Rufus»... ¿Por dónde diablos han entrado?

—Por esa puerta incrustada en el muro. Estaba abierta, no vaya a pensar que la hemos descerrajado.

El más alto, Anderson, habló por primera vez:

—Usted es Jellaby.

—Cierto.

—Entonces no creo que pueda usted reprocharnos nada.

—Y no pienso hacerlo, pero les echaré a puntapiés si tratan de molestar a cualquiera de las dos hermanas.

Los dos cambiaron una mirada intrigada. Lefty exclamó:

—¡Ahora que recuerdo, hombre! ¿No era usted el sospechoso número uno? Entonces me gustaría saber qué anda haciendo por aquí...

—Espero la noche para cometer otro crimen.

—No bromea. ¿Qué tal si le saco un par de fotos? Tendrán interés cuando las ofrezca.

—¿Para qué periódicos trabajan?

—Nosotros somos nuestra propia empresa —cacareó Lefty—.

Vendemos nuestros trabajos al mejor postor.

—Ya veo... Forman un equipo, ¿eh?

—Así es. Un equipo de *free lancer*.

—Exactamente.

George Anderson no apartaba sus ojos astutos del reportero.

—Se me ocurre una idea, Jellaby —dijo de pronto.

—¿De veras?

—Usted nos facilita una entrevista con las hermanas Merrit y con la servidumbre, y nosotros le cedemos un porcentaje de lo que saquemos de este trabajo.

—¿Cree que así adelantarán mucho?

—¿Se le ocurre algo mejor?

—Por supuesto que sí.

—Suéltelo en ese caso.

—Ustedes se largan y vienen a verme por la mañana en mi oficina, en Gladstone. Nadie conoce este caso mejor que yo. Bien, les cedo la exclusiva de mi relato para que lo vendan donde se les antoje.

Anderson sacudió la cabeza.

—No veo las ventajas por ninguna parte. Nosotros podemos obtener el material sin intermediarios de ninguna clase.

—Me parece que va a resultarles difícil... si yo no les ayudo.

Lefty indagó:

—¿Qué cantidad quiere a cambio de la exclusiva?

—Eso lo discutiremos mañana en mi oficina.

—No hay trato —decidió Anderson resueltamente—. Hemos hecho trabajos más difíciles antes, aunque haya sido cada uno por su lado. Usted es una especie de especulador, Jellaby. Un ventajista.

El aludido se echó a reír.

—Mi oferta sigue en pie. Ahora, caballeros, si no les importa, salgan por donde entraron, antes que llame al policía de la entrada.

Lefty se encogió de hombros resignadamente. No obstante, su compañero masculló:

—Maldito si tiene ninguna autoridad para echarnos de aquí.

—Bueno, puedo soltar al perro...

—No se atreverá, desde luego.

Jellaby sonrió.

—¿Usted cree eso?

Dejó de sujetar a «Rufus» y retrocedió un paso.

El animal dejó de gruñir y se agazapó. Sus colmillos lanzaban chispas al reflejar la luz.

Lefty no pudo contener un grito y, volviéndose, atravesó la barrera de arbustos con un rayo. Anderson observó al perro lobo con una mirada de ira.

Jellaby sonreía burlonamente.

«Rufus», tenso, avanzó unos pasos agazapado, listo para saltar.

Anderson se dio cuenta de que el animal atacaría de un instante a otro, y aunque seguía creyendo que Jellaby lo sujetaría en el último instante decidió no arriesgarse.

—Usted y yo volveremos a vemos, Jellaby —prometió.

—Puede estar seguro de eso.

Retrocedió cautelosamente sin perder de vista al animal. Después, dio media vuelta y se perdió más allá de la barrera verde.

El perro ladeó la cabeza mirando a Jellaby, esperando órdenes.

—Bueno, amiguito, tranquilo ya. Esos fanfarrones se han largado.

Sin embargo, acompañado por el perro, se dirigió a la pesada portezuela. Continuaba sin cerrar con llave y pensó que había que hacer algo al respecto.

Después, siempre con «Rufus» pegado a sus piernas, emprendió el regreso a la casa sin dejar de pensar en el siniestro misterio en que estaba envuelto...

CAPÍTULO X

Ya había anochecido cuando por fin Eveline descendió hasta la biblioteca.

Él se levantó, dejando el vaso de *whisky* que se había agenciado.

Durante unos segundos ambos quedaron mirándose fijamente. Un lenguaje mudo y, sin embargo, más expresivo que un largo discurso.

Al fin, la muchacha avanzó resueltamente y murmuró:

—Gracias por haberte quedado, Mark.

—Estaba impaciente por verte de nuevo.

Ella se detuvo junto a él. De nuevo se miraron y en las hermosas pupilas de la muchacha, llenas de dolor, brillaron las lágrimas.

—Ha sido horroroso —musitó.

Y se echó en sus brazos.

Él la sujetó estrechamente. Sintió el roce de los cabellos sedosos de Eve en su mejilla y se estremeció.

—Llora todo lo que quieras si eso ha de calmarte —dijo suavemente. Poco después ella se apartó lo justo para poder verle la cara.

—Mark...

—Sí, linda.

—¿Qué piensas que ocurrirá ahora?

—No lo sé. Hasta que capturen al asesino nadie puede saberlo.

—¿Crees que... que...?

—No te atreves ni a decirlo, ¿no es cierto, pequeña? Pero de todos modos nadie sabe si dará otro golpe. O si lo intentará por lo menos.

—Pero ¿por qué, Mark, por qué?

—Ojalá lo supiera. Sabiendo el motivo adelantaríamos un paso de gigante.

—¿Y si se trata realmente de un loco, qué podemos hacer, Mark?

—Esperar. Sólo esperar. Pero yo no creo que se trate de un demente, Eve.

Él notaba entre sus manos el calor del cuerpo de la muchacha, y los leves estremecimientos que la sacudían. Hubiera deseado que aquellos estremecimientos no fueran debidos al miedo, sino a otro sentimiento más intenso y agradable.

—Mark, sé que hay policías allá fuera. El sargento nos dijo que montaría un servicio de vigilancia. No obstante...

—Sigue.

—¿Te quedarás esta noche?

—Me quedaré, aunque no podré estar tan cerca de ti como quisiera. Bueno, de ti y de Gertie, naturalmente.

La apresurada rectificación no pasó desapercibida para la muchacha.

—Me sentiré mucho más tranquila sabiendo que estás aquí. ¿Sabes una cosa, Mark?

—Dímela.

—Yo nunca creí lo que el pobre papá decía de ti.

—Gracias por decirme eso, Eve.

Permanecieron un rato, en silencio, mirándose al fondo de los ojos.

Aquella suerte de éxtasis hubiera podido prolongarse todo el resto de la noche de no aparecer Gertie en la puerta abierta, donde se detuvo perpleja ante el espectáculo.

Después dijo:

—La próxima vez, acordaros de cerrar la puerta.

Mark la miró por encima del hombro de Eve y sonrió.

—No lo olvidaré —dijo.

—¿No olvidarás qué, cerrar la puerta o el beso de Eve?

—Ninguna de las dos cosas.

Gertie acabó de entrar, y ella sí cerró a sus espaldas.

Las dos hermanas se miraron. Jellaby murmuró:

—Ya que nos acabas de descubrir, creo que huelgan las explicaciones, Gertie.

—No necesito ninguna explicación. Por otra parte, no me ha sorprendido. En cierto modo puede decirse que yo he empujado un poco a Eve para que llegara a eso... aunque no pensé que fuera un inicio tan efusivo.

Su hermana dominó el agitado latir de su corazón y para desviar el rumbo de los comentarios dijo:

—Mark va a quedarse aquí esta noche, Gertie.

—Eso me tranquiliza en parte. No confío mucho en esos polizontes que el sargento ha puesto allí fuera.

—Haces mal, pequeña. Esos hombres vigilarán como sabuesos y te apuesto que van a pasar una noche de perros con la niebla que se ha levantado.

—No dudo de su buena voluntad, pero son gente sin experiencia alguna. Gladstone fue siempre un lugar tranquilo y nuestra policía es de lo más decorativa. Pero me temo que eso sea el mayor elogio de que se pueda hacer de ellos.

Jellaby sonrió.

—Eres muy dura en tus juicios. Y ahora vayamos a lo que importa realmente. Esta noche cerraréis las puertas de vuestras habitaciones con llave. ¿Entendido? Y al menor signo de alarma todo lo que tenéis que hacer es gritar.

—¿Dónde estarás tú?

—Aquí mismo. A oscuras y con la puerta abierta para oír cualquier rumor en la casa, o por lo menos un grito si se produce.

—Está bien, Mark.

—Podéis decirles a la servidumbre que se acuesten también, aunque sin decir a nadie que yo me he quedado. Y ahora, buenas noches.

Gertie carraspeó, les dirigió una aguda mirada y volviéndose de espaldas salió de la biblioteca.

Eve le ofreció los labios y él la besó, acariciándole los largos cabellos.

—Te deseo que descanses, querida. Y no te preocupes por nada.

Al quedar solo, Jellaby apagó la luz dejando la puerta abierta de par en par. Luego, a tientas, regresó a la butaca y se hundió en ella dispuesto a pasar la peor noche de su vida.

Había preparado una botella de *whisky* que reposaba sobre la mesita contigua a la butaca, de modo que por ese lado no había problema.

Lo realmente desagradable era no poder fumar. En la oscuridad la brasa de un cigarrillo se distingue tan claramente como la luz de un faro, aparte de que el aroma del tabaco en un lugar que se

supone desierto es capaz de poner en guardia a cualquier tipo medianamente listo.

Y el autor de aquella serie de crímenes había demostrado ser alguien mucho más que medianamente listo.

De modo que el reportero se quedó sin fumar.

CAPÍTULO XI

De vez en cuando daba una cabezada, para volver a la consciencia con un sobresalto.

Aguzaba los oídos entonces, y se asombraba de la increíble cantidad de rumores que podían surgir en un caserón de tamañas proporciones.

Crujidos, extraños susurros, el levísimo chirrido de una carcoma y el suspiro del viento en el exterior...

Pero de pronto se puso rígido, porque de la densa negrura le llegó otro rumor más concreto, aunque de momento dudara de si lo había oído o sólo había sido fruto de sus nervios tensos.

Había sonado más allá de la puerta abierta. Jellaby notó un ramalazo de temor recorrerle el cuerpo como el contacto viscoso de un reptil.

Entonces, el rumor se repitió y ya no le quedó ninguna duda de que alguien se deslizaba por el vestíbulo.

Unos pies cautelosos, moviéndose con infinito cuidado, acercándose a la biblioteca. Fugazmente pasaron por la mente de Jellaby escenas de pesadilla, con ríos de sangre, cuerpos desgarrados y una cabeza cortada que parecía mirarle fijamente desde las sombras siniestras de aquella noche tensa y mortal.

Los pasos penetraron al fin en la biblioteca. Ahora, el intruso redoblaba sus precauciones para no tropezar con ningún mueble, pero su avance era constante a juzgar por el susurro de los pies sobre la gruesa alfombra.

Jellaby se preguntó qué buscaba el desconocido, aunque eso no le importara mayormente. El asesino había acudido una vez más al encuentro de sus satánicas orgías de muerte, sólo que ahora iba a encontrarse con algo, que no podía esperar.

Los pasos se detuvieron de pronto a la derecha de Jellaby y a corta distancia de donde se encontraba. No había tropezado ni una

sola vez con los muebles que salpicaban el salón.

Hubo un largo paréntesis de silencio absoluto en el cual el reportero contuvo la respiración, concentrando todos sus sentidos en fijar la posición exacta del intruso.

Después, sonó un seco chasquido y un rumor que no pudo identificar.

Otro silencio.

Y la clara respiración de alguien sometido a una tensión violenta.

Jellaby comenzó a incorporarse muy despacio, los pies afianzados sobre la alfombra, los músculos en tensión y con todo el furor del mundo hirviendo en su interior.

Sus piernas se convirtieron en tensados muelles que le impulsaron lo mismo que lanzado por una catapulta, de modo que atravesó el espacio a una velocidad increíble, para acabar golpeando furiosamente un cuerpo humano que se derrumbó bajo el impacto.

Sonó la ahogada exclamación de temor de alguien sorprendido y quizá asustado. Luego, aquel cuerpo trató de zafarse de su presa y se debatió, golpeando ciegamente.

Jellaby rugió lleno de ira. Su puño, manejado como una maza, se hundió en una parte blanda de su enemigo y éste boqueó angustiosamente.

—¡Maldito matarife... voy a darte una ración de tu propia medicina...!

Recibió un impacto en un lado de la cabeza que casi le tiró de espaldas, pero a su vez conectó un zurdazo que hubiera entusiasmado a un buen aficionado al boxeo. Después, cuando el otro logró separarse, lanzó un puntapié hacia adelante, a ciegas también.

La punta del zapato se hundió en una masa que no ofreció ninguna resistencia. Hubo un sordo alarido y el golpe de un cuerpo al caer derribando la mesilla.

Esta vez el estrépito fue considerable. Mark saltó a un lado y tanteó desesperadamente hasta encontrar la llave de la luz.

La súbita claridad casi le cegó. Vio a un hombre vestido de oscuro que trataba de levantarse jadeando, doblado sobre sí mismo a causa del tremendo dolor del puntapié.

Con un rugido de ira Jellaby saltó hacia él. De un zarpazo le obligó a girar y disparó la derecha de abajo arriba, impulsada por todo su peso y toda su ira.

El puño se incrustó en una cara asustada. Sonó un seco chasquido y la sangre saltó a chorros de la rota nariz, mientras el asaltante giraba sobre sus pies y se derrumbaba, esta vez inerte por completo.

Jadeando, Jellaby contuvo sus impulsos de patearlo hasta convertirlo en una piltrafa. El tipo estaba con la cara hundida en la alfombra y a su alrededor la sangre estaba arruinándola lastimosamente.

Y entonces vio el cuadro desplazado de su lugar, y la redonda puerta de una caja acorazada empotrada en el muro.

Perplejo, enarcó las cejas.

De modo que se trataba de un ladrón...

Furioso, Jellaby se inclinó y dio la vuelta al cuerpo inerte.

Le reconoció a pesar de la nariz aplastada y rota y la sangre que inundaba su cara.

Era el chófer.

Tony, el asustadizo que había jurado abandonar la casa ese mismo día.

Jellaby maldijo en voz alta, recogió la botella que había rodado por la alfombra y se sirvió una buena dosis de *whisky*.

Entonces, uno de los policías apareció en la puerta y exclamó:

—¿Qué ha pasado aquí? ¡Caray, Jellaby! No sabía que estaba usted en la casa.

—Decidí quedarme a pasar la noche aquí.

—¿Y ése? No me diga que ha capturado usted sólo a nuestro sanguinario amigo...

—Mucho me temo que no, Lewis. Mire esa pared.

El guardia parpadeó, asombrado.

—Ya veo. Un miserable ratero... Pero no me explico cómo pudo entrar, palabra. Nosotros patrullamos constantemente allá fuera...

—No necesitó entrar, Lewis —dijo Jellaby apurando el vaso de *whisky* hasta el fondo—. Él ya estaba dentro. ¿No le reconoce?

—Con tanta sangre y esa nariz torcida... ¡Cuernos, el chófer!

—Ajá.

Como si les hubiera oído, el caído emitió un amargo quejido y

parpadeó.

—Va a tener muchas cosas que explicar —dijo Lewis.

—Pero no es el asesino, estoy seguro.

—De cualquier modo, va a pasar unas largas vacaciones pagadas. Vamos, arriba, héroe.

Parpadeando y quejándose, el chófer se levantó para dejarse caer sentado en una silla.

Miró rencorosamente a Jellaby y gruñó:

—¿Fue usted quien me golpeó? Algún día ajustaremos cuentas.

Lewis le ofreció un pañuelo para que tratara de contener la abundante hemorragia que brotaba de su nariz rota.

—¿Cómo se te ocurrió robar la caja, hombre? Y lo más sorprendente... ¿Cómo pensabas hacerlo? Porque no creo que seas un experto en estos trabajitos.

—Yo... tengo la combinación. Vi al viejo fósil cómo la abría en una ocasión y anoté las cifras...

—¿Y pensabas que tu robo no sería descubierto?

—No me importaba. Yo sé que las hijas no conocían el contenido de la caja, así que yo me hubiera llevado el dinero como despedida y nadie habría podido acusarme.

—Pues te has caído con todo el equipo, amiguito —rió Lewis.

—Mejor será que se lo lleve —sugirió el periodista—. Aquí no hará otra cosa que acabar de arruinar la alfombra.

—Ha hecho usted un buen trabajo, Jellaby —convino el policía satisfecho—. Sin embargo, le apuesto doble contra sencillo que al sargento no se lo parecerá así.

—¿Por qué no?

—Porque ningún extraño debía haberse quedado en la casa. Bueno, no vacíe esa botella si quiere continuar despierto.

Se fue, empujando ante él al abatido ladrón fracasado.

Al quedar solo, Jellaby se dejó caer en la butaca. Sus piernas temblaban y eso le avergonzó.

Si le temblaban y su encuentro se había limitado a un aprendiz de ratero, ¿qué hubiera sucedido de tratarse del sanguinario asesino que se había propuesto diezmar a la familia Merrit?

Sacudió la cabeza. Luego pensó que en esa noche el criminal ya no aparecería después de todo aquel alboroto, así que apagó la luz, se recostó buscando una postura cómoda y se quedó dormido.

Cuando despertó era de día y una luz tamizada por los cortinajes inundaba la biblioteca.

Jellaby se enderezó. Le dolían todos los huesos.

Levantó la caída mesilla y luego miró la caja fuerte y el cuadro desplazado a un lado.

El cuadro representaba a una mujer de ojos azules, mejillas pálidas y mentón agresivo. No era hermosa, ni siquiera bonita, pero de su rostro se desprendía una gran sensación de voluntad y de fuerza.

Jellaby se sorprendió pensando que aquella desconocida tenía algo de familiar para él, algo que intentaba despertar en su mente un recuerdo, una visión quizá cuyo significado escapaba a su control.

Los ojos azules parecían mirarle desde la tela.

Se le antojó que le miraban con reproche incluso.

—Empiezo a perder el control —gruñó, dándole la espalda al cuadro.

Cuando abandonó Worthy Arms todo estaba tranquilo, la niebla seguía aferrada a las copas de los árboles y el asesino no había aparecido.

En realidad, no dio señales de vida durante varios días...

CAPÍTULO XII

Encontró a los dos reporteros de Londres esperándole en la antesala de su desordenado despacho.

El fotógrafo dormitaba, pero George Anderson estaba muy despierto cuando él llegó.

—Usted dijo que nos veríamos por la mañana, Jellaby, y es casi mediodía —le reprochó.

—Estuve muy ocupado. Entren, por favor.

Les llevó al despacho y se dejó caer en su sillón basculante.

Estaba realmente cansado.

—Queremos saber cuál es su trato, Jellaby —dijo Anderson.

—Pero no vaya a creerse que a nosotros nos pagan una fortuna por un trabajo, ¿sabe? —terció Lefty, preocupado.

—¿Cuánto estarían dispuestos a pagar?

—Aún no conocemos la mercancía que pretende vendernos.

—Un relato completo de lo sucedido hasta ahora, con todos los detalles que ustedes nunca podrán averiguar por sí solos y los nombres de dos posibles sospechosos.

La aguda mirada de Anderson no se apartaba de él, fija, inquisitiva, casi hipnótica.

Lefty cacareó:

—¡Ése sería un trabajo excelente, George!

Anderson no le prestó atención.

En realidad estaba pendiente sólo de Jellaby.

—Diga una cifra —propuso.

—Ustedes saben el precio que podrán conseguir por un reportaje como ése... Ofrezcan. Lefty abrió la boca, pero su compañero se le anticipó.

—Cien libras, Jellaby.

El fotógrafo casi se ahogó.

—¡George! —gimoteó—. ¿Te has vuelto loco?

—Cállate. ¿Qué decide, Jellaby?

—Me parece poco por un trabajo completo como el que les ofrezco.

—¡Y dice que le parece poco! —lloriqueó Lefty—. ¿Cuánto cree que nos pagarán a nosotros, hombre?

—Eso es cuenta suya.

—¿Cuánto quiere definitivamente?

Lo pensó sin apartar la mirada de los dos hombres. Sonrió.

—Ciento cincuenta libras y el reportaje en exclusiva es suyo.

Lefty casi se desmayó.

—¡Ciento cincuenta libras! —exclamó con un hilo de voz—. Alguien debe haberse vuelto loco y seguro que no soy yo.

—De acuerdo —dijo Anderson—. Ciento cincuenta, pero ha de ser un relato conteniendo hasta los menores detalles.

—¡George! ¿Estás tan loco que no comprendes que eso nos costará dinero?

—Cierra el pico, Lefty; yo sé lo que hago. ¿Cuándo tendremos el material, Jellaby?

—Deme un poco de tiempo... he de preparar la edición de mi revista también.

—¿Mañana?

—Pasado, mejor.

—Muy bien. Y no olvide esto, Jellaby... «Con todo detalle».

—Ése es el trato.

Anderson le observó con fijeza, como si quisiera estar seguro de las intenciones de Jellaby.

Éste sostuvo su mirada.

De pronto frunció el ceño y apenas si pudo disimular una expresión de perplejidad.

—¿Qué le pasa ahora, algún inconveniente?

—No, ninguno... Nos veremos pasado mañana.

—Quizá volvamos a vernos antes, Jellaby, porque nosotros continuaremos cubriendo la información a pesar de nuestro trato.

—Claro, claro.

—Vámonos, Lefty.

Les vio salir sin perder aquella expresión perpleja. Por primera vez se preguntó si habría hecho realmente un buen negocio, y no pensaba únicamente en el dinero...

El guardia salió de entre los árboles y se arrebujo levantando el cuello de su pesado abrigo. La niebla desprendía una humedad pegajosa y densa que se metía hasta los mismísimos huesos y Lewis ansiaba el relevo como ninguna otra cosa en este mundo.

Caminó en la oscuridad hasta la casa, silenciosa y oscura.

Apenas dobló la esquina el mundo se derrumbó sobre su nuca con un impacto que él ya ni siquiera sintió, después del inicial estallido de dolor.

Lewis quedó hecho un ovillo sobre la grava. Un hilillo de sangre comenzó a empapar sus cabellos.

La negra silueta de la muerte se inclinó sobre él y, levantándolo, se lo llevó hacia la arboleda.

El otro policía, Roach, que vigilaba en la parte delantera del parque, realizando incesantes recorridos desde la verja a la casa, oyó ladrar el perro lobo encerrado en el garaje, pero «Rufus» solía alborotarse cada vez que oía los pasos del guardia en sus rondas y no se preocupó.

Todo lo más, pensó que Lewis debía haber pasado junto al garaje.

Hundió las manos en los bolsillos, maldiciendo para sus adentros contra esa vigilancia que les obligaba a soportar la nauseabunda pegajosidad de la niebla. Pensó que antes de la llegada del relevo, por lo menos habría pillado una pulmonía.

Comprobó una vez más que la verja estuviera bien cerrada. Luego dio media vuelta y anduvo a lo largo del ancho camino que discurría bajo los copudos robles cuyas ramas estaban ya casi desnudas.

La casa apareció ante él poco después, oscura mole emergiendo de la noche, sin una sola luz en las ventanas. Se estremeció, disgustado, y se encaminó al encuentro de Lewis en el lugar de costumbre.

Le vio apoyado en un tronco. La insignia del casco reflejaba la brillante humedad. O quizá fuera que Lewis, siempre meticuloso, la llevaba más pulida que él.

—Vaya una maldita noche —comentó, fastidiado—. Todo está tranquilo en mi sector.

Lewis no respondió. Roach comenzó a advertir que algo andaba mal, pero ya para entonces era demasiado tarde.

El terrible golpe en la base del cuello le derribó igual que fulminado por un rayo.

La siniestra sombra se inclinó sobre él. Luego, irguiéndose, cortó la cuerda que sujetaba el corpachón de Lewis contra el tronco y el inconsciente policía se venció hacia adelante. Quedó atravesado sobre su compañero y ya no se movió.

Eran las once cuando Jellaby apuró su última jarra de cerveza.

El *pub* comenzaba a quedar vacío y el rumoreo de las conversaciones casi había cesado por completo.

Sentado a una mesa, Lefty miraba pensativo su vacía jarra y parecía absorto en amargos pensamientos.

Jellaby se le unió llevando con él una silla.

—Estuve observándole, Lefty —dijo—. ¿Qué diablos le pasa?

—¿Qué supone usted?

—Maldito si lo sé, pero a juzgar por su expresión no es usted feliz ni mucho menos.

—Usted es responsable en parte de mi preocupación.

—No me diga...

—¡Ciento cincuenta libras! ¿Se da cuenta?

—Caray, pensé que se trataba de algo más grave.

—Para mí lo es. Ese Anderson debe estar loco, pagar todo ese dinero sin saber siquiera cuánto vamos a cobrar nosotros.

—Anderson no me parece tonto precisamente. Cuando él ha soltado la pasta sabrá que puede obtener mucho más.

—¿Por el relato que usted nos facilitó? No me haga reír, hombre.

—De todos modos, Lefty, el negocio es el negocio.

—Eso mismo digo yo, pera él no me hace caso. Ojalá no me hubiera asociado con ese insensato...

Sacudió la cabeza y se levantó. Jellaby le imitó y ambos salieron a la calle, donde la niebla parecía un muro tan denso e impenetrable como si fuera de piedra.

—En medio de este potaje —gruñó Lefty—, uno podría tropezarse con el mismísimo Lucifer y le pediría disculpas... ¡Qué nochecita!

—¿Va usted a la fonda?

—Seguro, a menos que usted tenga alguna idea para divertirse.

—Gladstone es una población muy puritana, Lefty.

—Sí, lo creo. Entonces, a la fonda. Buenas noches, Jellaby.

Se separaron en la acera. El periodista pensó en Worthy Arms mientras se encaminaba a su domicilio.

Pensó en la gran casa, en sus inmensos jardines sumergidos en la niebla, en lo desagradable que debía resultarles a los policías su vigilancia allí... en las muchachas que ya debían de estar acostadas a esas horas...

Pensó en todo menos en la muerte.

Y la muerte estaba ya dentro de Worthy Arms.

Gertie despertó con la sensación de una presencia extraña dentro del cuarto.

Aturdida por el sueño, tardó unos segundos en recobrar la lucidez.

Para entonces, aquella cosa negra y pestilente surgió de la negrura y se aplastó contra su rostro.

Intentó gritar, aullar el espanto y el terror que la atenazaron, pero la garra negra de la muerte se lo impidió, aplastando aquella cosa nauseabunda con que casi le cubría el rostro.

Empavorecida, Gertie luchó desesperadamente. Pero la muerte era mucho más fuerte que ella, al tiempo que sus fuerzas eran cada vez más débiles.

Instintivamente clavó sus uñas en la muñeca que la vencía. Las hundió con toda la fuerza del horror y la desesperanza...

Después comenzó a flotar en un mundo blando y amorfo. El cloroformo hacía su efecto tan implacable como aquella garra que la atenazaba.

Cuando su cuerpo se relajó, la muerte todavía aguardó unos minutos más antes de retirar el paño empapado con el soporífero.

Después, moviéndose en las sombras con absoluta seguridad, se dirigió al cuarto de baño anexo al dormitorio.

Más tarde, cuando regresó al lecho, el agua empezaba a llenar la gran bañera.

Sólo que esta vez Gertie no pudo enterarse de nada porque estaba inerte, jadeando angustiosamente en su forzada inconsciencia.

La muerte la levantó en brazos casi con suavidad, como acunándola.

Después, siempre pausadamente y en absoluto silencio, regresó al cuarto de baño con su preciosa carga.

CAPÍTULO XIII

La conmoción estalló cuando el propio sargento Spencer, acompañado del policía James acudió a relevar a sus otros dos subordinados.

Para empezar, la verja estaba cerrada y nadie acudió a abrir cuando Spencer hizo parpadear los faros de su coche.

Esperaron unos minutos, cada vez más inquietos. Después, incapaz de contenerse por más tiempo, el sargento pegó el dedo al timbre y lo mantuvo allí tanto tiempo que su compañero pensó si estaría agujereando la pared.

Al fin, una luz brilló en la casa, aunque ellos no pudieron verla a causa de la arboleda y la niebla.

En consecuencia, Spencer continuó apretando el timbre roído de ansiedad.

Después de lo que se le antojó una eternidad vio aparecer una imprecisa silueta entre la cortina de niebla. Detrás de la primera surgió otra...

—¡Abran esa maldita verja! —rugió Spencer—. ¿Dónde están los dos policías de vigilancia?

Las dos sirvientas se miraron, asustadas y perplejas. Ambas llevaban gruesas batas sobre sus ropas de dormir.

—Deben estar por el parque.

—Bueno, abran de una vez.

Joyce se adelantó con la llave. Spencer las obligó a subir al coche y lo condujo sin preocuparse del ruido hasta el pie de la entrada de Worthy Arms.

Encontraron a los dos policías inertes pocos minutos después.

Lewis se quejaba con una voz tan débil como la de un recién nacido.

Había tenido mala suerte.

Su compañero Roach ya no podía quejarse porque el salvaje

golpe le había roto el cuello con la misma facilidad que si hubiera sido una frágil caña.

Anonadado, Spencer se irguió. Miró hacia la casa, donde las sirvientas habían encendido algunas luces más y la angustia le paralizó.

—¡Oh, Dios bendito! —jadeó.

Y echó a correr.

James levantó al flotante Lewis y anduvo con dificultad en pos de su jefe.

Las dos sirvientas esperaban en el vestíbulo. Tras ellas apareció la cocinera, azorada y rebosando inquietud, y después también asomó otra que Spencer aún no había dilucidado cuál era su exacto cometido en la casa.

—¡Llamen a las señoritas ahora mismo! —rugió—. Y a míster Templeton también.

Él se dirigió a la biblioteca y encendió la luz.

El cuadro volvía a ocultar la caja acorazada. Todo estaba en orden allí dentro...

Todo excepto el ventanal abierto limpiamente, de modo que el aire agitaba suavemente las cortinas empujando retazos de niebla al interior.

Maldijo al destino, y redobló sus maldiciones al recordar al hombre de Scotland Yard, porque había sido McDougall quien prohibiera que Jellaby pasara las noches en la casa. El periodista era uno más de los sospechosos para el superintendente.

Sólo que si Jellaby hubiera estado allí...

No terminó el pensamiento, porque el alarido que vibró por toda la casa barrió cualquier idea de su mente que no fuera la de una muerte feroz y salvaje como las ocurridas con anterioridad.

Spencer nunca supo cómo subió la escalinata.

Se encontró en el pasillo viendo forcejear a dos mujeres ante una puerta abierta mientras una de ellas gritaba una y otra vez:

—¡No entre usted, señorita, no entre usted...!

Eveline se debatía dominada por la histeria.

—¡Suélteme, por favor, Lena, por favor...!

—¡No entre ahí... por lo que más quiera!

—Tranquilícense —gruñó Spencer—. ¿Qué ha sucedido?

La cocinera se volvió. Tenía la cara gris y los ojos desorbitados

de terror.

—En el baño, señor...

No se apresuró. Sabía lo que iba a encontrar.

No conocía los detalles de esta nueva brutalidad, pero sí estaba seguro que habría sangre y horror por todas partes.

No se equivocó.

El cuerpo estaba medio sumergido en el agua. Un cuerdo dorado, maravilloso y juvenil que ya jamás volvería a respirar.

El agua había adquirido un color intensamente rosado, velando parte del busto y la cabeza de la desgraciada muchacha.

Spencer no quiso tocar el cuerpo. Se limitó a vaciar la bañera.

Gertie tenía un espantoso tajo en la garganta que casi la había decapitado.

El sargento desvió la mirada sintiendo que su estómago se encabritaba. No recordaba que nunca, en su larga vida, hubiera sentido aquella oleada de furor insano, de odio inmenso hacia un maldito asesino al que en esos momentos hubiera sido capaz de matar con sus propias manos.

Salió del cuarto cerrando la puerta a sus espaldas.

Entonces oyó los golpes al final del pasillo.

Las sirvientas habían desaparecido, así como Eveline Merrit, pero oyó sus voces en la habitación de ésta.

Se apresuró pasillo abajo. Los golpes resonaban en una puerta cerrada. Era el cuarto del joven Templeton.

—¡Abran!

Spencer se metió las manos en los bolsillos. Sólo sus ojos mostraban actividad.

La llave estaba en la cerradura y el muchacho continuaba alborotando.

—¿No me oyen? ¡Abran esta puerta de una vez!

El sargento sacó su pañuelo y protegiéndose los dedos con él dio vuelta a la llave.

Templeton salió despavorido.

—¿Qué está sucediendo aquí, por qué me han encerrado, sargento?

—Eso mismo me gustaría saber...

—¿Quién gritó?

—Una de las sirvientas... la cocinera, creo...

—Pero ¿por qué?

—Su prima Gertie ha sido asesinada también, míster Templeton.

—¡Gertie!

Hubo de apoyarse contra el quicio de la puerta. Sus piernas parecieron aflojarse y su cara tomó un color verdoso.

—Dígame una cosa, míster Templeton —la voz del sargento temblaba de ira mal contenida—. ¿Acostumbra a dejar la llave de la puerta en la cerradura?

—Siempre estuvo ahí...

—¿No cerraba usted por dentro?

El joven sacudió la cabeza.

—Vístase y baje a la biblioteca, míster Templeton. Y no se le ocurra entrar en la habitación de la pobre Gertie. ¿Entendido?

—Está bien, sargento. Pero presentaré una enérgica protesta por la ineficacia de su vigilancia. Me gustaría saber qué estaban haciendo sus hombres en el jardín, mientras mi prima era asesinada...

Los nervios del policía se rompieron al fin. Sus manazas saltaron hacia adelante y atrapando las solapas del pijama de Templeton lo levantó en vilo.

—¿Le gustaría saberlo? —rugió—. ¿De veras le gustaría saberlo míster Templeton?

Le sacudía al hablar tan violentamente que sus dientes castañeteaban.

—¡Suélteme!

—Voy a decírselo, «señor»... Mis hombres se hacían matar. ¿Entiende esto? ¡Se hacían matar!

Templeton se puso gris. El sargento no supo si por la noticia o por el miedo que su aspecto y violencia le causaban.

Le soltó despectivamente y el muchacho estuvo a punto de caer.

—Ahora, presente su queja. Pero vístase primero y espéreme abajo.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el teléfono más cercano.

Sabía que en su estado no podría controlar la situación, de modo que decidió pasarle la responsabilidad a su colega de Londres.

Siempre sería un consuelo.

CAPÍTULO XIV

McDougall llegó acompañado de Jellaby.

—Quise comprobar si esta vez tenía una coartada —explicó al llegar.

Spencer apenas le oyó. Estaba anonadado.

Jellaby preguntó:

—¿Dónde está Eveline, sargento?

—Arriba, en su cuarto.

—Me encontrarán allí si me necesitan.

Desde una butaca, Templeton dijo cuando Jellaby hubo desaparecido.

—¿Y tenía coartada, superintendente?

—Me temo que no. ¿Y usted, míster Templeton, la tiene?

—¡Yo no la necesito! Me encerraron en mi habitación y...

Spencer giró poco a poco hacia él.

—Pudo usted salir por la balaustrada. Lo he comprobado.

—¡Absurdo!

McDougall dijo:

—Vayamos por partes, sargento, por favor. Uno de sus agentes fue asesinado en el jardín, y el otro golpeado hasta quedar inconsciente. ¿Es así?

—Ciertamente, señor.

—En cambio, la muchacha fue asesinada en su cuarto, dentro de la casa, y su habitación está en el mismo rellano que la de míster Templeton...

—Comprendo lo que quiere decir, señor.

—Si él quería matarla, ¿por qué salir primero al jardín, arriesgarse atacando a los policías, para entrar después y consumir su crimen?

—También he pensado en eso —gruñó Spencer—. Creo que ésa hubiera sido su conducta si el asesino, estando dentro de la casa,

hubiera querido hacemos creer que llegaba del exterior. La habitación de míster Templeton comunica con una galería que corre a lo largo de la fachada, y al final de ella resultaría fácil descolgarse por las junturas de las piedras, y volver a subir por ellas después del crimen.

Templeton se levantó de un salto.

—¡No pueden hacerme esto a mí! —chilló—. Usted se ha dejado influir por los desvaríos literarios de ese periodista de tres al cuarto...

—Tal vez. A veces, Jellaby resulta hasta convincente.

McDougall rezongó:

—Es una teoría a tener en cuenta, sargento. Sin embargo, antes de arriesgarse esperaremos a saber la hora exacta de la muerte del agente y de la muchacha. Después de todo, Jellaby estuvo en el *pub* hasta las once poco más o menos. Después, ya no tiene coartada.

Spencer se encogió de hombros.

Templeton, pálido y macilento, volvió a hundirse en la butaca. Era la imagen de la desolación.

McDougall preguntó:

—¿Nadie oyó nada? No creo que la muchacha se dejara matar sin defenderse por lo menos.

—Nada, señor. Pero si sube usted a la habitación de Gertie Merrit sabrá por qué. Apesta a cloroformo.

—¡Oh, ya veo!

—Sin embargo, ella se defendió, aunque no pudiera gritar. Mírele usted las uñas de la mano derecha y verá que hay pequeñas tiras de piel en ellas... Debió clavárselas al asesino, en las muñecas probablemente.

Instintivamente, McDougall se volvió hacia Templeton.

—¿Le importaría mostrarnos sus muñecas, por favor?

—¡Eso es un ultraje!

Spencer avanzó, amenazador.

—No quise someterle a esta prueba hasta que usted estuviera aquí, señor. Pero si él se niega a colaborar...

Había una amenaza letal en su voz. El sargento ahogaba la ira, pero apenas podía contenerse.

Templeton retrocedió, pero con un gesto brusco subióse las mangas y mostró los antebrazos.

No había el menor rastro de arañazo alguno en ellos.

—Está bien, míster Templeton —gruñó el superintendente—. Le pido disculpas.

Con un bufido, el joven se dirigió a la puerta y dijo:

—Estaré en mi cuarto.

EH la puerta se cruzó con el guardia James, que anunció:

—Tenemos a los periodistas otra vez en la verja. Insisten en saber qué ha sucedido.

—Reténgalos allí. Dígales que más tarde formularé una declaración oficial y eso los apaciguará... espero.

James se retiró, ceñudo.

—¿Y ahora qué, señor? —barbotó el sargento Spencer.

McDougall dijo:

—No hemos adelantado mucho, pero por lo menos ahora sabemos que esos crímenes están encaminados a diezmar a la familia Merrit, de modo que todo nos lleva a la pregunta clásica. ¿Quién va a beneficiarse de esas muertes?

—Me decepciona usted, señor. Jellaby planteó esa misma cuestión desde el principio.

McDougall sonrió.

—Yo no puedo sacarme conejos del sombrero, sargento. No obstante tengo a mi gente de Londres trabajando en este caso también, cubriendo todos los ángulos. Y a propósito de Jellaby...

—¿Decía usted?

—Haga el favor de llamarle.

Spencer salió, gruñendo.

El periodista tenía una expresión ceñuda en el rostro. Sus ojos expresaban cualquier cosa menos buen humor.

McDougall dijo:

—Síntese. ¿Ha visto usted el cadáver?

—No, gracias. Estuve todo el tiempo con Eveline.

—Se me antoja que siente usted un gran afecto por esa muchacha.

—Puede usted jurarlo, y se queda corto.

—Por las trazas, no tardará en quedar única heredera de la fortuna Merrit... si vive para obtenerla.

—Si tiene algo concreto que decirme, suéltelo. Quiero regresar arriba.

—Usted me detesta, ¿no es cierto, Jellaby?

—Sí. Usted fue el responsable de que yo no pudiera pasar las noches en esta casa. Quizá, de haberme quedado, Gertie aún viviría.

—No diga estupideces. Tenemos que enfrentarnos a un asesino frío como el hielo, calculador y que no se detiene ante nada. Mató a un policía, ¿lo ha olvidado? Además, ni siquiera la señorita Eveline oyó nada y su habitación está delante de la de su hermana...

Jellaby no replicó. Encendió un cigarrillo y buscó refugio en la butaca que Templeton había ocupado.

Instintivamente, su mirada fue a parar al cuadro que cubría la caja fuerte.

La imagen de aquella mujer le obsesionaba.

Oía hablar a los dos policías y no prestaba atención a sus palabras.

Aquellos ojos azules, aquella expresión resuelta y dura, el óvalo anguloso del rostro tenían un carácter que el pintor había plasmado con extraña fidelidad.

De pronto se sorprendió a sí mismo preguntando:

—¿Quién es ella, sargento?

—¿Quién? —Gruñó Spencer.

—Esa mujer.

El sargento enarcó las cejas, perplejo.

—¿A qué viene eso ahora, Jellaby? Esa joven se llamaba Mabel Merrit. Fue la hermana pequeña del anciano que usted conoció.

—Ya veo.

—¿Qué le pasa a usted, hombre? Esa pintura ha estado aquí desde que fue hecha, cuando ella todavía era soltera.

Jellaby no replicó.

McDougall le observaba sin disimulo, como si leyera sus pensamientos a través de las expresiones de su rostro.

Inesperadamente, Jellaby se levantó.

Estaba tan pálido como un cadáver.

—Sargento...

—¡Diablos, Jellaby! ¿Ha visto un fantasma?

—En cierto modo... ¿Tiene vigilada la puerta del muro norte?

—Dispongo de un agente solamente. ¿Lo ha olvidado?

—Entonces saldré por allí.

—¡Un momento! ¿Adónde piensa ir?

—Al pueblo.

McDougall dijo:

—Si se le ha ocurrido alguna idea que pueda ayudarnos su deber es comunicármela.

—No llega siquiera a una idea. Llámelo corazonada.

—Lo que sea...

—No.

—Escuche, Jellaby. Este asunto desborda todos los límites. Un asesino salvaje y sanguinario está todavía suelto y volverá a matar si no podemos cazarlo antes que se dispare otra vez. Tiene usted el deber de colaborar con la ley y lo sabe.

—Tendrá usted mi colaboración si esta corazonada es acertada.

Spencer decidió de pronto:

—Iré con usted, Jellaby. Eso no podrá evitarlo.

El periodista acabó encogiéndose de hombros.

De modo que salieron, y el superintendente les vio partir entre perplejo y esperanzado. En cierto modo, confiaba en el instinto sagaz del periodista...

CAPÍTULO XV

Tom Lefty arrugó el ceño cuando vio que su habitación de la fonda era invadida por los dos hombres.

—Hola, ¿pretende endosarnos otra exclusiva, Jellaby?

—Dígame una cosa, Lefty. ¿Desde cuándo está asociado con Anderson?

—Hace poco. Le conocí mientras viajábamos hacia aquí y nos pusimos de acuerdo sin dificultad.

—Ya veo. ¿Está él ahora en su habitación?

—No lo creo. Se fue hacia Worthy Arms apenas amaneció.

—¿Recibió alguna llamada, alguien le avisó de que sucedía algo en la casa?

—Que yo sepa, no. Pero después sí se recibió un aviso. La mayoría de los muchachos salieron de estampida.

—Y usted, ¿por qué se quedó?

—No quiero perder más tiempo. Estoy preparando mi equipaje.

—Ya veo. ¿Qué habitación ocupa Anderson?

—La de al lado. ¿Por qué?

—Vamos, sargento.

Lefty se incorporó, intrigado, y les siguió.

Jellaby probó la puerta. Estaba cerrada, pero un duro empujón venció a la cerradura, cosa que arrancó un gruñido de disgusto al sargento.

—Supongo que eso está penado por la ley, Jellaby.

—Recuérdemelo más tarde.

Los tres penetraron en el cuarto. Era tan impersonal como todas las habitaciones de una fonda rural.

Jellaby descerrajó la maleta del periodista de Londres y revolvió su contenido esparciéndolo sin ceremonias por toda la estancia.

Lefty se rascó el cogote, perplejo.

Spencer indagó:

—¿Qué busca, Jellaby?

—No lo sé, pero si estoy en lo cierto ha de haber algo en este cuarto...

Revolvió el lecho y la mesilla de noche.

En el cajón, debajo de unos pañuelos limpios, apareció una gruesa llave.

No la tocó, pero se quedó quieto, mirándola.

—¿Qué...?

—Vea esto, sargento.

—Una llave. ¿Y qué?

—Yo vi esa llave hace años. A Nora le molestaba cargar con ella debido a su tamaño.

El sargento se quedó sin aliento.

—¡Dios bendito! La llave de aquella puerta...

—La misma, Spencer.

Lefty gruñó:

—No entiendo nada.

—Ahora ya sé qué me intrigaba de aquel retrato, pero necesitaba estar seguro. El rostro sin atractivo de la mujer tiene un asombroso parecido con George Anderson. Los ojos, el mentón, los pómulos... Pero sobre todo los ojos azules, helados, implacables y resueltos.

—Un momento, Jellaby...

—Anderson debe ser el hijo de Mabel Merrit, sargento.

—¡No diga simplezas, hombre! El muchacho murió en Australia hace años...

—Pues entonces ha resucitado.

Se volvió y recogió uno de los trajes que había arrojado antes. Volvió los bolsillos al revés y después hizo lo mismo con los del otro.

Ahí la suerte volvió a sonreírle. En uno de los bolsillos había una pequeña fotografía amarillenta y vieja.

—Sargento, ¿a quién le recuerda ese rostro?

Spencer no titubeó siquiera.

—A Mabel Merrit, desde luego, aunque unos años más vieja.

—Eso termina con todas las dudas. Vamos, hay que cazar a ese individuo antes que sea demasiado tarde.

Salieron apresuradamente de la habitación. Lefty, Esta vez trotó hacia su propio cuarto, atrapó su mejor cámara y corrió hacia las

escaleras.

Jellaby había empezado a descender cuando abajo apareció Anderson, que les miró con evidente recelo.

—¡Espere, Anderson, queremos hablar con usted! —gritó el sargento.

El aludido dio media vuelta. Iba a echar a correr.

Jellaby se zambulló en el vacío impulsado por una ira salvaje que le impidió razonar en aquellos instantes. Se encontró volando en el espacio y ya sólo ansió tener a aquel monstruo entre sus manos...

Cayó sobre sus espaldas y los dos rebotaron en el suelo de tablas con un impacto que hizo retemblar toda la casa.

Anderson se revolvió con la ferocidad de la desesperación.

Recibió un trallazo en la cara que hizo rebotar su cabeza contra el suelo, donde sonó igual que sobre el parche de un tambor.

—¡Maldito carnicero! —barbotó Jellaby.

Sus puños se convirtieron en una máquina implacable. Golpeaba sin tregua, ciego y sordo a cuanto le rodeaba.

Un izquierdazo terrible astilló la nariz del asesino. Otro reventó sus labios y le arrancó un alarido, y los puños continuaron machacando como impulsados por una caldera de vapor, incesantes, duros como mazas...

—¡Maldito sea, Jellaby, suéltelo! —rugió el sargento tratando de sujetarlo.

Recibió un zurdazo en la barriga y retrocedió, boqueando.

Lefty estaba agotando toda la película del carrete, entusiasmado porque al fin conseguía material de impacto para las revistas especializadas que solían ser sus clientes.

—¡Jellaby!

Anderson había perdido el conocimiento hacía mucho rato. No era más que una masa informe, sanguinolenta, que se agitaba sólo a impulsos de los golpes que seguían lloviendo sobre él. Jellaby parecía haberse vuelto loco y ante sus ojos sólo había niebla.

Una niebla roja como la sangre.

Al fin, Spencer logró atraparlo y le arrastró lejos de su destrozada víctima.

—¡Quieto, maldita sea! ¿Cómo vamos a justificar ante un tribunal una paliza semejante?

Le miró sin verle, agotado, casi muerto de cansancio, con los puños empapados de sangre.

Después, inclinándose, tiró de las mangas del inerte periodista.

Nítidas, fatídicas, allí estaban las profundas huellas de unas uñas hincadas con la desesperación de la muerte.

EPÍLOGO

—Bien —dijo McDougall aquella tarde, cuando sobre el jardín caían las sombras del crepúsculo—, el hombre ha confesado. Usted acertó de pleno, Jellaby, aunque se pasó de rosca al final.

—Lo siento. No pude controlarme.

—Que no pudo controlarse lo creo, pero que lo siente no. En fin, ya está hecho. El nombre de ese engendro es Charles Keller, y no murió en Australia como se creía. Él mismo hizo correr esa noticia. Incluso hay una tumba en el cementerio de Melbourne con nombre... Él siempre pensó en regresar para vengarse del anciano míster Merrit. Le odiaba profundamente porque siempre le negó su ayuda a la madre él mismo.

—Además, debía pensar también en la fortuna de Merrit.

—Naturalmente. Él consideraba que esa fortuna le pertenecía. Eso le impulsó a cometer esos crímenes, obtenía la venganza y la riqueza todo a un tiempo, ni más ni menos.

—Pero él debía saber que cuando se presentara a reclamar la herencia, una vez eliminados todos los miembros de la familia, las sospechas recaerían sobre él...

—Usted le menosprecia, Jellaby. Es endiabladamente listo. Templeton tenía que vivir, eso es todo, de modo que al final cargase con las culpas de los crímenes. Incluso había preparado ya las pruebas que habrían de condenarlo sin remedio.

—Ya veo.

Jellaby apretó un poco el brazo con que ceñía la cintura de Eveline, que no despegaba los labios sobrecoyda de espanto ante aquella prueba de diabólica maldad.

—¿Usted cree que está loco, McDougal?

—No soy psiquiatra, pero particularmente opino que hay algo en su cabeza que no funciona como es debido. Ese ensañamiento con los cadáveres lo prueba, ¿no cree?

El superintendente se levantó. Sus ojos pacíficos fueron de uno a otro de los jóvenes y sonrió.

—Su ayuda resultó decisiva, Jellaby. Supongo que sabrá sacarle partido en su semanario.

—Eso puede usted jurarlo.

—Oiga... creo que Keller le compró a usted un reportaje, ¿no es cierto?

—Exacto. Y ahora comprendo que Charles pensaba averiguar por medio de mis datos hasta dónde llegaban las investigaciones. Sólo buscaba seguridad. Debió quedar satisfecho porque el principal sospechoso era el pobre Templeton. Y eso le confió.

McDougall asintió con un gesto.

Desde el ventanal, el sargento había asistido a la charla mudo y apenado. No podía olvidar al agente muerto en acto de servicio. Una muerte inútil y absurda...

—¿Me acompaña, Spencer? —dijo McDougall—. Creo que a usted y a mí nos queda mucho por hacer todavía...

Cabizbajo, le siguió hacia la puerta.

Apenas la habían cerrado el superintendente murmuró:

—Creí que pensaba usted quedarse ahí dentro, sargento.

—No le comprendo, señor.

—A veces, tres es una multitud. Y uno sobra...

Spencer se volvió hacia la puerta.

Sonrió.

—Está usted en lo cierto, señor. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Salieron a la penumbra del parque. La niebla llegaba otra vez. Pero ahora ya no era una niebla roja.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



